

Miguel Cavada Diez
P. Salvador Carranza, S.J.
P. Jesús Octavio Cruz Olmedo
María Ernestina Rivera
Monseñor Ricardo Urioste
P. Eduardo Valdés, S.J.
P. Jon Sobrino, S.J.

XXX Aniversario P. Rutilio Grande
“Palabra comprometida con los pobres”

19

1a. Edición, octubre de 2007

Edita: Centro Monseñor Romero

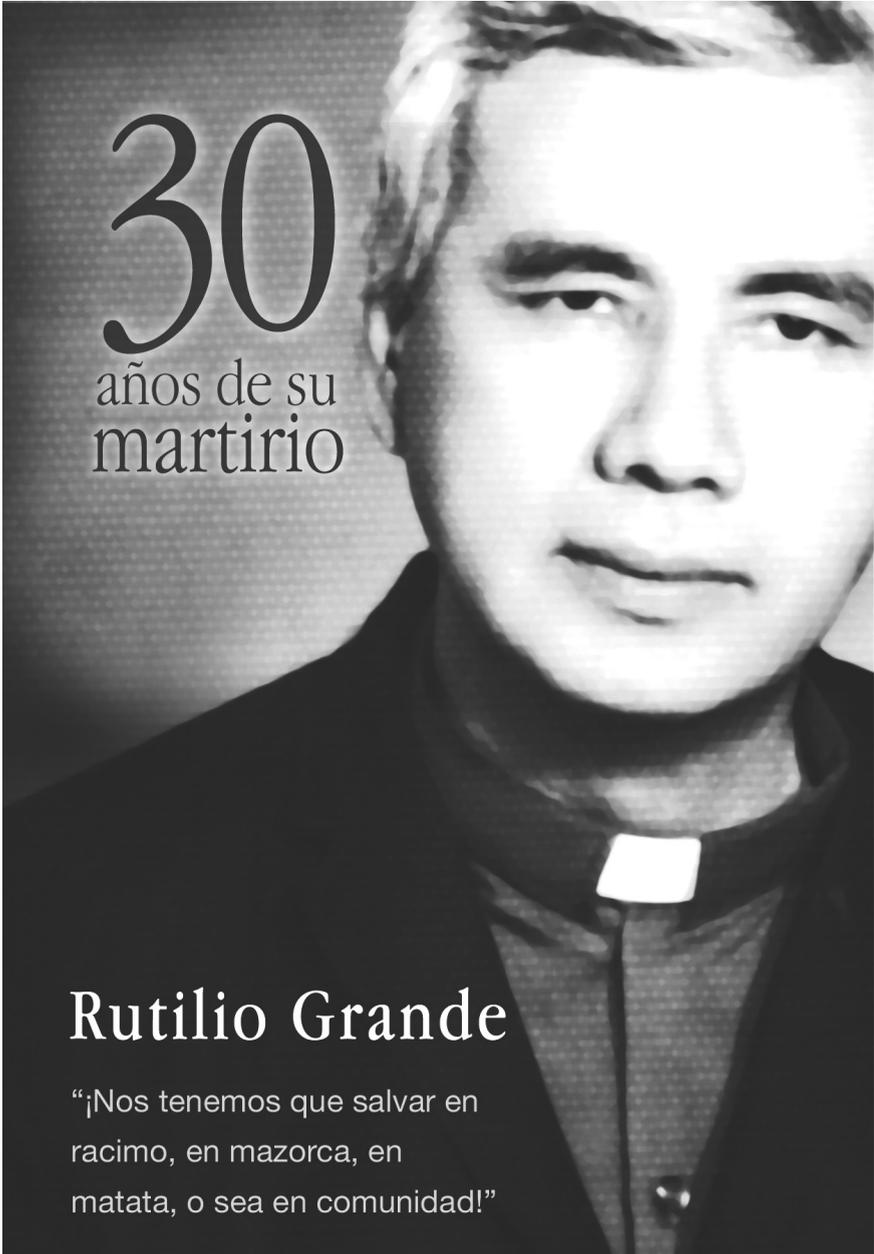
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Apto. Postal 01-168, San Salvador, El Salvador, C.A.

Impreso en Talleres Gráficos, UCA.

INDICE

Presentación	5
Rutilio Grande en las palabras de Monseñor Romero	7
Pequeño evangelio de Rutilio Grande	11
Entrevista con el Padre Salvador Carranza	21
Testimonio del Padre Octavio Cruz	39
Testimonio de la Niña Tina	47
Recuerdos de Monseñor Ricardo Urioste	61
Padre Tilo: la fiesta del maíz y el banquete del reino, <i>Eduardo Valdés</i>	67
Rutilio Grande. El nacimiento de una Iglesia nueva, salvadoreña y evangélica, <i>Jon Sobrino</i>	75



30
años de su
martirio

Rutilio Grande

“¡Nos tenemos que salvar en
racimo, en mazorca, en
matata, o sea en comunidad!”

PRESENTACIÓN

El 12 de marzo recordamos treinta años del asesinato-martirio del Padre Rutilio Grande. Ese día se dio un quiebre definitivo con una Iglesia del pasado, que ya había comenzado en 1972 cuando Rutilio fue a Aguilares. Por primera vez asesinaban a un sacerdote en El Salvador. Y los asesinos eran terratenientes que se decían cristianos. Algo inaudito había ocurrido.

Por el espanto que generó, el asesinato podía haber sido el fin de la nueva Iglesia, pero no fue así. Al Padre Grande le sucedió Monseñor Romero, con quien la Iglesia y el pueblo salvadoreño llegaron a su punto culminante. Y a Monseñor le siguieron otros, hasta que un 16 de noviembre de 1989 fueron asesinados seis jesuitas y dos trabajadoras de la UCA.

En esos años tuvimos en el país una Iglesia, como nunca se había conocido antes, ni nunca se ha vuelto a conocer después. Una Iglesia salvadoreña, de campesinos y gente generosa, que sufrían pobreza y represión, trabajaban por la vida y la liberación, y rezaban al Padre Dios. Una Iglesia según el evangelio de Jesús.

Efectivamente, todo comenzó con la buena noticia que predicó Rutilio Grande: “un Padre común tenemos todos” y la esperanza era “una mesa con manteles largos para todos”. Rutilio, como Jesús, pasó haciendo el bien, curando de males y demonios. Caminó hacia la cruz con libertad y amor a su pueblo. Y sigue vivo generando vida.

Es muy importante mantener vivo a Rutilio para tener y mantener siempre viva la Iglesia que comenzó con él. Es la Iglesia que más se ha parecido a Jesús de Nazaret. Pero es difícil, pues tiene muchas cosas en contra, el dinero y el poder de los de fuera, y también la comodidad y el miedo de los de dentro.

En el XXV aniversario ya publicamos las homilias de Rutilio Grande en el Cuaderno número 10 de esta colección. Ahora ofrecemos reflexiones y testimonios.

Comenzamos con fragmentos de homilias de Monseñor Romero, recogidos por Miguel Cavada, sobre su amigo Rutilio. Ofrecemos después lo que hemos titulado “Pequeño evangelio de Rutilio Grande”, elaborado por Salvador Carranza, compañero de Rutilio en Aguilares durante cuatro años.

Después de estas palabras de Monseñor Romero y Rutilio Grande hemos reunido una serie de recuerdos, testimonios y reflexiones sobre su persona y su obra, y sobre la importancia que tienen para nuestro tiempo. El Padre Carranza, párroco de El Carmen en Santa Tecla, escribe largo y bien sobre su amigo Tilo. El Padre Octavio Cruz, párroco de San Sebastián, Cojutepeque, analiza pormenorizadamente las cualidades de Rutilio y lo que hoy aporta a los sacerdotes. María Ernestina Rivera, la niña Tina, campesina de Aguilares, cuenta cómo conoció a Rutilio y qué piensa de él treinta años después -y termina con un corrido que ella misma compuso cuando lo mataron. Monseñor Ricardo Urioste, vicario general de la Arquidiócesis en tiempos de Monseñor Romero y Monseñor Rivera, y hoy presidente de la Fundación Romero, resume lúcidamente la vida de aquel salvadoreño que nació en El Paisnal y a El Paisnal regresó para morir.

Los dos últimos textos son reflexiones sobre la obra y la utopía de Rutilio. El Padre Eduardo Valdés recuerda “la fiesta del maíz y el banquete del reino”, sin separar lo que Dios había unido desde el principio, al salvadoreño campesino y creyente. Y Jon Sobrino analiza “el nacimiento de una Iglesia nueva, salvadoreña y evangélica”.

En el cuaderno hay muchas fotos. Se ha tratado, en lo posible, de poner los nombres de la mayoría de personas que en ellas aparecen. Aligeran la lectura, y sobre todo quieren comunicar que todo lo que se dice es verdad. Ha ocurrido, la Iglesia ha sido así. Y ojalá mire a ese pasado para construir un futuro salvadoreño y cristiano.

Centro Monseñor Romero
Octubre, 2007.

RUTILIO GRANDE EN LAS PALABRAS DE MONSEÑOR ROMERO

“Lo siento como un hermano”

“Si fuera un funeral sencillo hablaría aquí, queridos hermanos, de unas relaciones humanas y personales con el Padre Rutilio Grande, a quién siento como un hermano. En momentos muy culminantes de mi vida, él estuvo muy cerca de mí y esos gestos jamás se olvidan” (Funeral en Catedral, 14 de marzo de 1977).

“El hombre bueno de El Paisnal”

“Aquí también, en un hogar, en un pueblito como el de Belén de Judea, nace Rutilio Grande con las señales de un predilecto, de un elegido por Dios en su mismo pueblo, y viene Dios y lo unge como a David. Y podemos decir que desde aquel día el Espíritu de Yahvé posaba sobre él, como dice la Biblia del jovencito David. Rutilio es aquel hombre que llevó de aquí el amor a su pueblo. Aquel hombre que vivió este paisaje que estamos viviendo en este momento, aquel hombre que, como los niños de hoy, de El Paisnal, sintió lo polvoriento de estas calles, lo triste de esa pobreza, las dificultades de vivir en un pueblecito apartado y, sin embargo, también la riqueza moral de nuestro pueblo, la riqueza de ese hombre, donde él aprendió a rezar, donde él aprendió a ver a Dios y amar al prójimo, donde Monseñor Chávez y González en una visita pastoral lo encuentra entre los muchachitos de la catequesis y le pregunta: ¿quieres ser sacerdote?”. Y se lo lleva para el seminario” (El Paisnal, 5 de marzo de 1978).

“Y para que vean, hermanos, la grandeza del hombre no es ir a la gran ciudad, no es el tener títulos, riquezas, dinero; la grandeza del hombre está en ser más humano. Por eso, cuando Rutilio llega a la plenitud de la humanidad suya, lo encontramos de vuelta para el Paisnal. En vísperas de un día de la fiesta patronal del pueblito viene para acá, con el cariño del hombre que ha crecido en su corazón, pasando por universidades y por libros y estudios. Aquel hombre ha comprendido que la verdadera grandeza donde lo ha conducido toda su inteligencia, su vocación, todo, no está en haberse ido de aquí para ser más rico en otro pueblo, sino en volver a su pueblo, amando a los suyos. Esto es la verdadera grandeza” (El Paisnal, 5 de marzo de 1978).

“Una antorcha en lo alto”

“Hermanos, quiero agregar una palabra de ánimo y de orientación: mucho ánimo, no decaiga vuestro espíritu. Aguilares, en la arquidiócesis de San Salvador, tiene ya un significado muy singular, desde que cae abatido por las balas el Padre Grande, con sus dos queridos campesinos... Hermanos, porque yo creo que hemos mutilado mucho el evangelio. Hemos tratado de vivir un evangelio muy cómodo, sin entregar nuestra vida. Solamente de piedad. Pero he aquí que en Aguilares se inicia un movimiento atrevido de un evangelio más comprometido” (Aguilares, 19 de junio de 1977).

“Un peregrino campesino, hermano entre los pobres”

“Aquí están compañeros del Padre Grande que conocieron a fondo aquella alma religiosa que, empapada del espíritu de San Ignacio de Loyola, sabe preguntarse ante el cristo crucificado que ha muerto por mí: ¿qué he hecho por Cristo? ¿qué hago por Cristo? ¿qué debo hacer por Cristo? Y me parece que la vida de este religioso cristiano es precisamente la respuesta a estas preguntas: ¿Qué debo hacer por Cristo? Así se explica una inspiración de una vida consagrada a Dios que lo ha hecho incansable por esos caminos polvorientos, con su alforja, como un peregrino campesino, llegar a las casitas humildes y sentirse hermano entre los pobres. Entre los campesinos sentirse el hombre más encarnado porque llevaba a Cristo en su corazón como buen jesuita, a vivir y a sentir a Cristo... que no se aprende únicamente en el retiro espiritual sino conviviendo aquí donde Cristo es

carne que sufre, aquí donde Cristo es cosa, donde Cristo es persecución, donde Cristo es hombres que duermen en el campo porque no pueden dormir en su casa, donde Cristo es enfermedad que sufre por consecuencia de tantas intemperies y de tantos sufrimientos, aquí es Cristo con su cruz auestas, no meditado en una capilla junto al vía crucis, sino vivido en el pueblo, es Cristo con su cruz camino del Calvario. Este es el Cristo que se encarnó en este religioso, en este jesuita seguidor de Jesús” (El Paisnal, 5 de marzo de 1978).

“Nuestro primer mártir”

“El amor verdadero es el que atrae a Rutilio Grande en su muerte con dos campesinos de la mano. Así ama la Iglesia, muere con ellos y con ellos se presenta a la trascendencia del cielo. Los ama y es significativo que mientras el Padre Grande caminaba hacia su pueblo a llevar el mensaje de la misa y de la salvación, allí fue donde cayó acribillado. Un sacerdote con sus campesinos, camino a su pueblo para identificarse con ellos, para vivir con ellos, no una inspiración revolucionaria, sino una inspiración de amor” (Funeral en Catedral, 14 de marzo de 1977).

“Tenemos, hermanos, la obligación de recoger el recuerdo de nuestros queridos colaboradores, y, si han muerto bajo un signo martirial, recoger también su ejemplo de entereza, de valor, para que esa voz que quisieron acallar con la violencia no se muera, sino que siga siendo el grito de Jesucristo: No teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, pero dejan vibrando la palabra y el mensaje eterno del evangelio” (Catedral, 26 de febrero de 1978).

“Su memoria es esperanza para nuestro pueblo”

*Selección de textos
Miguel Cavada Diez*



Los mártires de la UCA ante las cruces de los mártires de El Paisnal

El P. Ignacio Ellacuría, el P. Segundo Montes, el P. Javier Ibisate y el P. Ignacio Martín-Baró en el sitio en que fueron asesinados Don Manuel Solórzano, Rutilio Grande y Nelson Rutilio Lemus. En primer plano, de espaldas, el P. Juan Ricardo Salazar Simpson.

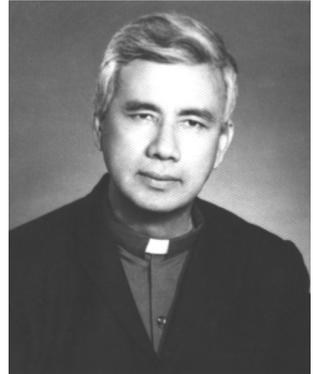
PEQUEÑO EVANGELIO DE RUTILIO GRANDE

¡Vamos a seguir con fe al hombre de Nazaret!

Jesús era peregrino que iba por cantones y caseríos.

Se detenía junto a los cercos o debajo de un amatón: “Ahí no más tienen el Reino de Dios”, decía.

“Nos lo regala el Padre Dios con tal que cambiemos de rumbo y lo recibamos como Buena Noticia”.



Muchos prefieren un Cristo mudo y sin boca para pasearlo en andas por la calle.

Un Cristo con bozal, fabricado a nuestro antojo y según nuestros mezquinos intereses.

¡Ése no es el Cristo del Evangelio, el Jesús joven de 33 años!

El que se jugó la vida y murió por la causa más noble de la humanidad.

Mucho me temo, hermanos, que si Jesús volviera hoy, bajando de Galilea o Judea o sea de Chalatenango a San Salvador, yo me atrevo a decir que no llegaría con sus prédicas y acciones hasta Apopa. Lo detendrían allí, a la altura de Guazapa. Y duro con Él, hasta hacerlo callar o desaparecer.

Amigos, volvamos al Evangelio, volvamos al pobre pueblo, allí se nos aclara, cuando se mira turbio el horizonte de nuestro caminar pastoral.

Un Padre común tenemos

¡Primero Dios, primero Dios! ¡En nombre de Dios o gloria a Dios...!

Pero ¿de qué dios se trata?

Unos se santiguan: ¡en el nombre del padre -el pisto-, y del hijo -el café-, y del espíritu -mejor que sea de caña!

Ése no es el Dios - Padre de nuestro hermano y Señor Jesús que nos da su Buen Espíritu para que seamos hermanos por igual, y para que, como seguidores cabales de Jesús, trabajemos por hacer presente aquí y ahora su Reino.

Un Padre común tenemos, luego todos somos hijos del mismo Padre aunque hayamos nacido del vientre de distintas madres.

Luego todos somos hermanos. Los Caínes también son nuestros hermanos aunque sean un aborto en el plan de Dios.

Amigos, para el cristiano siempre es hora de misión. Bien lo dicen por ahí en sus cantares.

Jesús nos dice: “Muévanse, vayan que yo voy con ustedes. Hagan seguidores míos que quieran llevar mi fierro, que es también del Padre y del Santo Espíritu”.

¡Vayan al mandado que yo les he enseñado!

¡Qué aguados son aquellos que se dicen cristianos porque no más sus tatas les echaron agua cuando eran tiernos!

No trepen el Evangelio a las nubes

¡No sean cohetones, bulla y ruido allá arriba, allá arriba! ¡Aquí abajo, aquí abajo hay que componer el bonche!

Dios no está en las nubes acostado en una hamaca.

Allí donde hay un cristiano, ¡aunque no sea bautizado!, está el Espíritu del Padre y de nuestro hermano Jesús, el Señor, que actúan y nos invitan a construir el Reino aquí y ahora, con los pies bien en la tierra.

¡Libertad de culto, libertad de culto...! Para que nos traigan un dios que está en las nubes, echado en una hamaca y que no le importa que las cosas les vayan mal a los pobres por aquí abajo.

Jesús mentaba mucho el Reino del Padre Dios... Y le gustaba compararlo a una gran cena en una mesona con manteles largos, que alcanzara para todos por igual. Y que nadie se quedara por fuera sin su taburete y su conqué.

Las chiltotas tienen un conacaste donde colgar sus nidos, para vivir y cantar... Al pobre campesino no le dejan ni un conacaste, ni un puño de tierra para vivir o para que le entierren.

Los que tienen voz, pisto y poder se organizan y disponen de todos los medios a su alcance...

¡Los campesinos no tienen tierra, ni pisto, ni derecho a organizarse, a que se oiga su voz y defender sus derechos y dignidad de hijos de Dios y de esta Patria...!

¡Esto no es el Reino de Dios, sino el reino de la maldad, de la mentira y del diablo!

A nuestra ciudad le bautizaron con el nombre de los padres "Aguilares". Sus retratos andan por las escuelas y en las oficinas públicas. Se les llama "próceres" no porque tenían una haciendona por ahí por La Toma, sino porque allí tenían sus juntas para buscar la dignidad y la libertad de los hijos de esta Patria que se llama El Salvador. ¡Aunque no sé si hoy estamos mejor..., por mucho que canten los niños con sus maestras: ¡libertad, libertad...!, palabra sagrada de nuestro pabellón y del Himno nacional!

Mesa grande para todos



Celebración del Corpus Christi en Aguilares, 1976

Queremos hacer con ustedes una comunidad de hermanos en la que nadie se sienta cacique ni peón. No buscamos que vengan a la Iglesia o traerles la Iglesia de allá para acá, sino que ustedes sean hermanos e Iglesia aquí en el caserío o el cantón.

Para esto, mis amigos, no se precisa ni ermita, basta

que quieran congregarse a dialogar la Palabra de Dios a la sombra de un amatoón.

La Iglesia no es museo de tradiciones muertas, de enterradores que sólo se preocupan de cargar la urna el Viernes Santo para enterrar a Jesús. Debe ser un puño de comunidades vivas, portadoras de vida y esperanza para nuestra gente más humilde.

Jesús quiso celebrar, la víspera de su entrega total, una cena, una fiesta. Y nos dijo que sería el memorial cabal de nuestra liberación. Todos a la mesa, ¡hasta Judas que lo iba a traicionar! Y Él, de 33 años, fue el primero que se puso a los pies de sus amigos para lavarles los pies. Y les dio a comer de su vino y de su pan como señal de la entrega de su vida. Y nos mandó hacer lo mismo como señal de que estamos listos a jugarnos la vida por los hermanos.

Esto es recibir y comulgar, no simplemente tragarse un pan como quien se come un marquesote.

Somos hijos de esta Iglesia y de esta Patria que se dice del Divino Salvador del Mundo. No vale decir “¡sálvese quien pueda con tal de que a mí me vaya bien!”. ¡Nos tenemos que salvar en racimo, en mazorca, en matata, o sea en comunidad!

La mujer tipa por humilde y servidora

No peleen con esos ingratos si María tuvo uno o un puño de hijos. Ofenden a Jesús y se apartan del evangelio por más que se digan evangélicos. En eso no conocen el espíritu del Evangelio. ¡Uno o varios hijos... ganas de pelear, Señor! Tuvo tantos, que todos somos sus hijos porque somos hermanos de Jesús. ¡Esto es lo que quería Jesús y lo que agrada a Dios y también a esa bendita mujer, la María del evangelio... lo demás es hablar por hablar!

La Magnífica que venden por ahí, a las puertas de los templos, no es para encontrar la vaca o para quitar la mujer al Juan.

Es una oración tremenda.

Es el canto de María, la mujer tipa por humilde y servidora, que ante las alabanzas de la Chabela, su prima, se le desata la lengua:

- ¡Un momento, Chabela... No a mí, cantemos a Dios, nuestro Salvador, que trepa a los humildes de corazón bueno y desbarranca a los cacicones que lo quieren todo para ellos!

¿Qué somos, pues, nosotros?

No somos políticos ni gamonales... Somos misioneros, o sea enviados del Señor. Limpia y sencillamente anunciadores del Evangelio del Reino que tiene que ver con toda nuestra vida. Y lo haremos sin disimulos ni otros intereses personales. Para unos será Buena Noticia; para otros puño de sal que arde en gangrena abierta, pero que les puede sanar.

Padre, nos están cambiando la religión, dicen algunos. No queremos cambiarles ni menos quitarles la religión y ¡ay de aquel que lo haga! El pobre sólo tiene la religión y la cuma.

¡No podemos dejarles más pobres, sólo con la cuma!

Buscamos chapodar todo aquello que no es de Dios y nos tiene derrotados. Queremos dar más fuerza y vida a esa religión nuestra para que el pobre no tenga que conformarse sólo con la cuma.

¡Desde el papa, pasando por los obispos hasta nosotros, como el último cura de aldea, somos servidores en medio de la comunidad para que seamos todos cabal pueblo de Dios!

El cristiano no tiene enemigos, sino hermanos, y por más que sean hermanos Caínes o Judas que venden a Cristo, no los odiamos. El odio no cabe en un cristiano. Aunque nos apaleen y nos quiten la vida tenemos que seguir amando y perdonando.

Así nos enseñó Jesús, ¿verdad? “¡Padre, perdónales, sepan o no sepan lo que hacen!”.

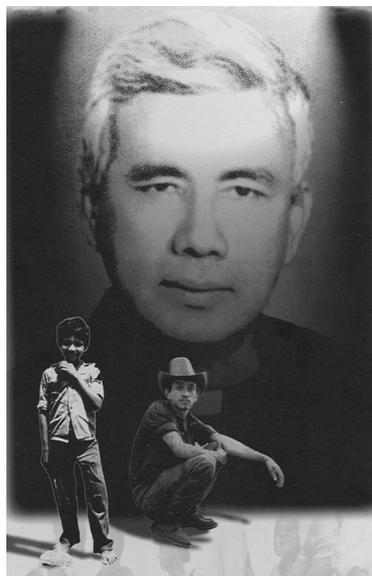
Y lo decía cuando lo tenían bien terminado y maneado con fierros a la cruz.

¡Ya he dicho muchas veces que no venimos con machetón o guarizama! Lo nuestro no es eso.

Nuestra violencia está en la Palabra de Dios que nos fuerza a cambiarnos y a mejorar este mundo, y nos pone por delante el gran “tareión” de cambiar el mundo... y nos une y nos congrega aunque nos apaleen.

Recuerden que son Delegados de la Comunidad. Por medio de ésta Dios les ha llamado y dado una misión que no es de tomar y dejar. No es para que sean cacicones, sino servidores... Motores y promotores de toda siembra buena para que el Reino del Padre Dios empiece a jilotear en medio de la comunidad.

Por ello no sean cohetones: tronazón y humo allá arriba, allá arriba. ¡Aquí abajo, aquí abajo hay que hacer reventar el Evangelio!



Si ellos se dicen “evangélicos”, y recuerden que también nos lo dijeron a nosotros porque usamos la Biblia, ¿qué somos, pues, nosotros?

Jesús es nuestro Evangelio, la gran noticia que queremos regar. Pero Él, como las páginas que lo anuncian, deben de estar bien enraizadas en la vida, no en un libro que se queda trepado por las nubes.

Esta fue, es y será la gran novedad de Jesús y su evangelio y lo que traerá contradicción ayer, hoy y siempre: que es para componer esta vida -aquí y ahora-, no para hacernos del ojo pacho y zafarnos.

Muchos se apuntan a un evangelio que deje las cosas como están, por muy mal que estén, y que no traiga problemas.

¡ESO NO ES EL EVANGELIO DE JESÚS!

Me han enseñado ustedes el evangelio

¡Les felicito, hermanos! Nos han dado una gran lección. Nos cuentan que en vez de ponerse a pelear con el hermano Pedro si la Virgen tuvo o no muchos hijos, si se puede comer gallina estrangulada o no, ustedes le ofrecieron su ayuda cuando le desalojaron. En su pobreza le han levantado el rancho y le ayudaron a trasladar sus tiliches.

Enhorabuena y me alegro. Ustedes mismos dicen que se ha unido a su comunidad y ya no quieren que le digan “hermano separado”.

No se aflijan ni desmayen si los cacicones y de colmillo retorcido les dicen agitadores y subversivos y otras cosas que ni ellos entienden.

¡Adelante, es buena señal!

Es la mejor señal de que empezamos a hacer camino como cristianos de verdad. Los fariseos, las autoridades y hasta los sacerdotes de entonces también llamaban a Jesús, fíjense bien:

¡Enredador, blasfemo y alborotador del pueblo!

Buena señal si les persiguen

¡Ay de ustedes que se dicen católicos de diente al labio, por dentro son inmundicia de maldad!

Son Caínes que crucifican al Señor cuando camina con el nombre de Toño, de Licha o del humilde trabajador del campo.

¡Es peligroso ser cristiano en nuestro país! ¡Prácticamente es ilegal ser cristiano cabal en nuestro medio!

¿Por qué? Porque estamos basados en un orden establecido ante el cual la mera proclamación del Evangelio resulta subversiva.

¿Cómo no va arder que les descubran la maldad?

Si hasta una mujercita campesina se lo ha dicho cantadito a los hombres:

¡...ay ay ay ay, despierta ya,
Chabelo mío, no te dejés enganchar!

No te atengás a promesas ni te fiés del carnet...
¡El tal orden es desorden al derecho y al revés!



Misa de ordenación sacerdotal del P. Rutilio Grande el 30 de julio de 1959

ENTREVISTA CON EL PADRE SALVADOR CARRANZA

El P. Salvador Carranza, Párroco en El Carmen de Santa Tecla, conoció de cerca a Rutilio Grande. Fue miembro del equipo que trabajaba en la Parroquia de Aguilares de 1972 a 1977. Iniciamos la entrevista remontándonos a los años 70.

Padre, usted estuvo en el inicio del equipo misionero de Aguilares, ¿no es cierto?

Bueno, sí, tratemos de evocar. La cosa comenzó en Galilea, hay que volver a Aguilares dirán algunos. Llegamos como equipo, y comienzan a tiempo completo el P. Chus Bengochea y el P. Rutilio. Enseguida se suma el P. Benigno Fernández. Yo no pude comenzar a tiempo completo; tenía que dormir en el Seminario San José de la Montaña. Desde el 24 de septiembre, que nos entregó Mons. Rivera la parroquia, hasta terminar el curso con los seminaristas, tenía que cumplir con el Seminario, cuya dirección dejábamos los jesuitas. El relevo de los jesuitas al frente de San José de la Montaña nos liberó a algunos para iniciar la experiencia parroquial.

Vamos a Aguilares, y el lugar no es elegido por nosotros, sino que somos enviados por Mons. Chávez, el Arzobispo, que necesitaba párroco allí y se lo encomienda a Rutilio. Era una novedad entre los jesuitas hacernos cargo de una parroquia en el campo. Sólo en tierras de misiones teníamos parroquias.

Tomar la parroquia, pues, es también una decisión de la Compañía. Una nueva experiencia, queríamos elegir lugar apropiado. Aguilares, ¿por qué?

En la situación del campesinado -crítica en El Salvador-, Aguilares, tierra de cañales, de zafra y con los ingenios de La Cabaña, San Chico y Colima, condensaba muchas de las calamidades de la vida del campesino. El trabajo de la caña, creo yo, es más ingrato y amargo que el del café. En la explotación de la caña se resiente más el campesino como mano de obra más temporal; es más agotador durante la zafra, pero durante el resto del año no ocupa tanta mano de obra. Y entonces tenían que sobrevivir de lo logrado en la zafra y tratar de ayudarse cultivando alguna tierra, aunque fueran pedreros alquilados, para sostener la familia.

Aguilares, por más que sea una ciudad de movimiento y mercado, era centro de campesinos sin tierra y de pequeños y medianos campesinos muy sometidos al imperio de la caña y de los ingenios. Esos campesinos de la parroquia de Aguilares fue el destino y misión del equipo de jesuitas, aunque se formó y nació con la idea de que el equipo se ampliara y diversificara con otros sacerdotes, religiosas y laicos como ocurrió. Terminaría luego -cuatro años y medio- siendo una experiencia clave para muchos cristianos y un buen número de jesuitas.

Tenemos, más o menos, la idea de lo que sucedió en esos años, ya habló un poco de cómo llegan, pero ¿cómo impacta en ustedes esa realidad?, ¿qué es lo que usted percibe? Su reacción.



Vista de El Paisnal. En primer plano el Convento de Aguilares

Poco más de dos años en el Seminario como profesor me separaban de mi vuelta de teología. El libro que más usé en Roma fue, sin duda, el de los Documentos del Concilio; logré una primicia de las Conclusiones de Medellín y me empapé de ellas con urgencia antes de presentar mi tesis de eclesiología. Confieso que al leerlas me inquietaron, me deslumbraron, me llenaron de esperanzas. La Iglesia del Concilio se hacía carne sufrida en las iglesias de América Latina. Nos tocaba a nosotros hacer realidad aquellas Conclusiones de nuestros episcopados. Eran tiempos de efervescencia y ardores de renovación.

Los jesuitas estábamos muy dedicados al púlpito, a la docencia, a la educación, a la cátedra, a colegios, al seminario en San Salvador, los inicios de la UCA, pero nunca nos alejábamos mucho de la capital. Aguilares significa salir de ese papel e iniciar una experiencia con muchos retos y novedades, un verdadero éxodo. El acercarnos al mundo rural y de los pobres creo yo que fue la primera y la gran evangelización para nosotros. El caer en Aguilares a “hacer camino al andar” y el llegar con gran ilusión y entrega va a ser para nosotros y para la gente de gran impacto y, por qué no decirlo, ir fermentando en nosotros una clara conciencia de indignación que no podía aceptar la dura realidad con resignación como “voluntad de Dios”, fórmula muy socorrida de la conciencia ingenua campesina.

¿Cómo era posible que nuestra gente usara la fe tan fatalmente, como conformismo -opio quizás- en sus miserias, hasta convertir la religión en una opresión más? Era gente tan sencilla como alienada, pero por otra parte de gran corazón para vivir con sencillez, hondura y entrega hasta el sacrificio su fe. La cercanía, la amistad, el cariño creo que fue el impacto mayor para muchos de nosotros, más que para el propio Rutilio quizá, que llevaba todo eso en la sangre y lo respiraba más al natural con su pueblo. Para mí recorrer valles y caseríos fue el bautismo de pueblo. Y qué bien me sentía cuando los campesinos se olvidaron del ‘padre y del usted’ y me empezaron a decir Chamba a secas, aunque fue Tilo el que públicamente me dio ese nombre.

Hoy vemos la importancia que pudo tener Rutilio en Aguilares para los jesuitas, para la Iglesia, para el ministerio arzobispal de Monseñor Romero, para los campesinos y la misma historia del país. Cuando

ustedes van a Aguilares ¿son conscientes de la importancia que va a tener esa opción que tomaron como equipo?

Por supuesto, no podíamos ni soñar lo que resultaría, pero sí nos lanzamos con una gran ilusión y entusiasmo a esa experiencia. Tenía su parte de aventura, pero la asumimos con gran entrega y responsabilidad. De ningún modo queríamos servirnos de la gente, sino al contrario, ser una buena nueva para ellos y liberarnos con ellos. Era, sí, nuevo para nosotros, y el que se permitiera la experiencia era dar mucha seriedad al asunto, ya que nos llegaba como misión de la jerarquía de la Iglesia y de nuestros superiores.

Se trataba un poco de cambiar cauces, maneras, modos y hasta de clientelas que se habían hecho habituales para nosotros como jesuitas. Y lo que era sin duda más pretencioso era hacernos cargo de la pastoral directa de una parroquia que no había sido lo propio nuestro. Llevábamos, pues, un buen puñado de retos: salíamos de lo urbano a lo rural, íbamos a ser centro de curiosidad y atención, pues teníamos experiencia y hasta fama como educadores en el Externado, la UCA, el mismo Seminario San José de la Montaña, pero no así de pastoralistas, y allá directamente en una pastoral con gente pobre y sencilla. Debíamos comenzar a vivir la vida de los sacerdotes que formábamos en el Seminario.

Íbamos con esa ilusión, pero también llevábamos alguna intención más. Queríamos cuidar y remediar las deficiencias que, al menos en teoría, saltaban a la vista en la pastoral. Pretendíamos algo que pudiera ser experiencia multiplicadora, un poco piloto en algún aspecto, pero sin la repercusión que tuvo luego, sobre todo con la muerte de Rutilio y la transcendencia que tuvo al asumirla Monseñor Romero. Pienso que experiencias paralelas y semejantes, hasta en el hecho de trabajar en equipo, se dieron a lo largo del país.

Rutilio, con su vida y su muerte, le dio una transcendencia que nadie podía haber soñado. El fue un jesuita que se adelantó en la promoción de la fe y la justicia como redefinición del carisma de la Compañía; fue gran sacerdote, formador, conocedor y amigo de muchos sacerdotes del país; muy eclesial y apegado al Arzobispo, y siempre, un hombre muy de

su pueblo, muy salvadoreño, que buscó, siguiendo el ministerio de Jesús, ser buena noticia para las mayorías desamparadas y para los pobres sin protección.

Esta experiencia, este intento, les va a traer problemas. Incluso después de la muerte de Rutilio viene la ocupación de Aguilares, la expulsión de ustedes, el apresamiento, el asesinato, la desaparición de los mejores cristianos, etc. Antes y después del asesinato de Rutilio, ¿cómo vivían ustedes los problemas?

El hecho de querer sin más concretar la opción primaria y fundamental por las mayorías pobres, como diría Tilo, creaba tensiones



Equipo misionero: Rutilio Grande, Chamba Carranza, Tavo Cruz y Benigno Fernández, 1974

y se hicieron presentes desde que nos decidimos a ir a Aguilares. Una vez allí, nos acompañaron siempre, y en varios momentos se convirtieron en crisis más o menos profundas. El planear y concebir la nueva experiencia dividía a la gente en quienes estaban a favor y en contra; comenzarla era desplazar fuerzas que parecían imprescindibles en las obras tradicionales de los jesuitas. Hacia dentro y hacia fuera de la Compañía no todos miraban con buenos ojos, por decirlo suavemente, que cuatro sacerdotes, en lo mejor de sus fuerzas, se lanzaran a aquella aventura, es decir, dejar clases, meterse en el campo, perderse entre los campesinos. Los jesuitas ya

tenían bastante tarea con enseñar. ¿Por qué buscar “novelerías”? pensaban bastantes entre propios y extraños. Fuimos, arrancamos y seguimos como blanco de miradas y expectativas. Durante un buen tiempo, absorbidos por la tarea y misión, convertimos las tensiones en “entretenciones”, que dirían los campesinos, pero nos ocuparon largas sesiones y supusieron desgaste y preocupaciones, principalmente para Rutilio que era el que más las resentía.

Visto desde la distancia creo que lo que nos potenció y salvó en sucesivas crisis fue el haber ido en equipo, que permanecería siempre como mínimo de cuatro, y daría origen a varios equipos con religiosas, estudiantes, universitarios, sacerdotes... Parecía un lujo plantear ir en equipo de cuatro, cuando al máximo una parejita de amigos o cheros llevaban grandes parroquias.

Todo esto traía problemas de entendimiento y coordinación con jerarquías, superiores y nosotros mismos. Pusimos como meta animarnos y potenciarnos en equipo. Como decía Rutilio, juntar la formación diversa de los jesuitas y ponerlo al servicio. Un párroco, por el mero nombramiento, tiene tantas cositas que se siente ahogado o muy solo, si quiere implantar alguna línea pastoral un poco novedosa.

A Rutilio, formador de generaciones de sacerdotes, le parecía básico trabajar en equipo. No “la parroquia soy yo, sacerdote íngrimo y solo”, sino cuatro sacerdotes en equipo, con otros tantos equipos de religiosas y laicos, agarrar una región. El departamento de Chalatenango, por ejemplo, con una docena de sacerdotes, llegó a soñar Tilo en voz alta y despierto.

Pero las tensiones más serias que nos hacen entrar en verdaderas crisis se van a dar entre los que llamamos colaboradores y el equipo, cuando la evangelización se halla ya avanzada. Tuvimos constelaciones de grupos que colaboraron con las comunidades en las tareas lo más interdisciplinarias que puede pensarse. Los mejores delegados de las comunidades vieron en la organización campesina la mejor realización de su compromiso como cristianos. Y de la noche a la mañana se convirtieron en los líderes natos, cuyo liderazgo trascendió los límites de sus comunidades y de la parroquia. Ésta y el equipo misionero no podía ni debía mediatizar el liderazgo y

las bases de la organización, que, por otra parte, eran las comunidades y los delegados cristianos. Distinguir dimensiones y respetar autonomías prácticamente era difícil, si no imposible, para los que habían nacido y crecido de la misma matriz, la evangelización. Pero la tensión se convertía fácilmente en conflicto para los colaboradores puntuales o de última hora que se fijaban en la dimensión organizativa y, sin querer, ignoraban o manipulaban el proceso, los ritmos y el método pastorales.

Bueno Padre. Es hablar de imposibles, pero la pregunta que surge es ¿qué hubiera ocurrido sin el martirio de Rutilio? Usted conocía a Rutilio antes de trabajar con él en la parroquia de Aguilares.

Bueno, a Rutilio le conozco casi sólo de nombre antes de convivir con él en la parroquia. Digo casi porque empiezo a ponerme en contacto con Rutilio precisamente al terminar mi teología. Tenía que volver con un destino a El Salvador, pero no lo tenía. No veía si debía ser más pastoral que educativo, por así decirlo. Las estructuras prácticas como que no daban margen para innovaciones. Escribí a algunos jesuitas que ya estaban en la brega para que me dieran sus recomendaciones. Rutilio me contestaba: “Venite enseguida, sin dudar... Después de reencontrarte con la realidad podrás hacer lo que creas mejor”.

Al volver me pongo en contacto con él. Y ahí veo que tanto él como otros jóvenes tenían la inquietud de algo nuevo que se venía incubando. Se necesitaba abrir nuevos cauces. Resulta que él, por una homilía en catedral el día del Divino Salvador, tuvo que retirarse del Seminario sumido en una gran crisis existencial. Después de vagar por diversas experiencias pastorales y un año muy provechoso, superada la crisis, en el IPLA (Instituto de Pastoral de LA) de Quito, empezó a comunicar sus sueños y proyectos a varios compañeros que sintonizaban con sus inquietudes pastorales.

Así se fue gestando aquella experiencia en torno a Rutilio y la parroquia de Aguilares

Se ha hablado de Rutilio como una persona un tanto inestable, emotiva. Usted vivió y trabajó con él, ¿cómo le describiría? Un retrato

de Rutilio para los que no le conocimos. El Rutilio humano y el Rutilio sacerdote.

En el primer encuentro él era sumamente respetuoso y amable, era capaz de llevar una conversación amena y reírse. Tenía un estilo muy propio de dialogar, de hablar, en sus prédicas y homilías, sobre todo. Tras Rutilio hay una persona sencilla, de pueblo, con problemas desde la infancia, que crecen con él y le llevan un poco de crisis en crisis, -diría yo. Un hombre física y psicológicamente débil, que convive con dudas y tensiones y que hace propias las penas de los demás. Alguna vez le comenté en serio y en broma: “no te hagás el Siervo doliente de Yavé”. En lo hondo de Rutilio como que siempre hubo un hombre sufridor.

Esa misma tensión le llevaba a sobreponerse y a crecer. En sus últimos años era muy sensible, delicado diría yo, que pedía perdón fácilmente y tenía gran respeto a los demás. Por otro lado, era hombre de conversación atractiva y agradable. En cuanto se entraba en confianza pronto se llegaba a un cúmulo de inseguridades y dudas que agitaban su existencia.

Tilo fue para mí muy salvadoreño, sacerdote ejemplar y hombre de Iglesia y, ¿cómo no?, un gran cristiano y jesuita muy de su momento. Yo siempre le consideré mayor, por no decir “el venerable” del equipo. Tiene 45 años cuando vamos a Aguilares y muere de 49. Sin embargo, yo le veía así, como el hombre de la experiencia que le habían dejado las crisis de la vida. Sus momentos de crisis quizá fueron muchos. En círculos de compañeros y superiores las externaba a veces. En el equipo, aunque convivimos con muchas tensiones, nunca se tradujeron en explosiones.

Al hablar públicamente era otro. No traslucía inseguridad, al contrario, se le veía con seguridad al hablar y tomar posiciones, mientras que los cercanos sabíamos que allá dentro eran decisiones sufridas, decisiones tomadas quizá sumido en un mar de dudas y perplejidades.

La homilía de Apopa, con la que se echa su sentencia unos días antes de su muerte, confirma lo anterior.

Usted habla de crisis al mentar a Rutilio. Según esas crisis ¿caben señalar etapas en su caminar? ¿Cuáles serían?

Tilo sale de su pueblo, El Paisnal, y regresa a su pueblo. Es más, será de los pocos cristianos que está enterrado a unos pasos de la pila del bautismo.

¿Pero hay pila bautismal en la iglesita de El Paisnal?

No es metáfora, la había. Al no usarse ya para bautizar, con harto dolor de Tilo la quitamos para hacer un poco más de lugar. Allí fue bautizado y enterrado, igual que el joven Nelson R. Lemus. El mismo Tilo lo bautizó y con él murió y fue sepultado. Cuando se habló de enterrarles en el templo, el punto cabal era donde les bautizaron a los dos, pero pareció demasiado cerca de la puerta.

Volviendo al tema. Hay, pues, un salir y volver a su pueblo. Salir de su pueblo es su vida de formación. Rutilio, de apenas 12 años, habla al arzobispo de su inclinación al sacerdocio, en la visita pastoral a El Paisnal. Mons. Chávez lo lleva consigo a la Nueva Concepción. Entonces no existían los puentes de Colima y se cruzaba el Lempa en una barcaza. A Rutilio se le grabó vivamente aquel paso del Lempa con el arzobispo. Allí afirmó su vocación y nació un aprecio que resultaría mutuo y para siempre con Mons. Chávez. Deja su pueblo, entra al Seminario dirigido por jesuitas. No llega a cursar la filosofía.



Monseñor Luis Chávez y González con el seminarista Rutilio Grande

Con el visto bueno del arzobispo levanta el vuelo e ingresa a la Compañía de Jesús, en Venezuela. Su futuro en adelante consistirá en largos

períodos fuera de su tierra: Quito y Panamá primero, luego en España y Bélgica, con vueltas al nido de San José de la Montaña, donde descansa, se repone e irá perfilando su futuro. Cansancios, depresiones e inestabilidad física y mental jalonan su formación. Al terminar ésta con un postgrado de pastoral en Bélgica, algo se movía en la Iglesia. Está aconteciendo el Concilio Vaticano II.

Rutilio habla de conversión, a la que llamará “primera”, porque luego hubo más. Conversión a la iglesia del Vaticano II como pueblo de Dios del que tanto el laico como el clero tienen arte y parte, todos participan y son corresponsables.

Esos aires traerá al Seminario cuando llega de profesor, de animador pastoral y de prefecto de disciplina. “Un cambio de mente hacia adentro de la iglesia”, dirá él más tarde, que comporta nuevas actitudes.

Las Conclusiones de los obispos en Medellín serán la relectura del Vaticano II desde y para América Latina; la segunda gran conversión de Rutilio. La iglesia hacia fuera, encarnada en un mundo cautivo del pecado personal y social, de la injusticia hecha estructura e institución. El cambio no será solo de mente, sino de ubicación y de práctica para liberar esa realidad.

El continente de la esperanza de Pablo VI quedaba en proclama vacía si no se superaba lo de pueblo muy creyente, sí, pero con tanta injusticia a cuestas. Había que romper el maleficio: no se puede casar fe con injusticia. Hacia eso apunta el índice de una coherencia mínima con el evangelio de Jesús.

Rutilio no echa raíces en la capital: Seminario, Externado o UCA. Con su equipo se va a echar suerte con los pobres de la tierra, la mayoría marginada, a la vez que la reserva religiosa del país. Vuelve a su pueblo al tomar la parroquia de Aguilares. Opción primaria y fundamental, dirá Tilo, como conversión histórica y práctica. Adelanta la opción preferencial por los pobres, que formulará luego Puebla.

Habla usted de las vueltas de Rutilio, de su conversión al pueblo ¿pone su conversión en hacerse cargo de la parroquia?

Se da dentro de un proceso, pero visto a los 30 años de su martirio, podemos afirmar con sencillez que la ida en equipo a Aguilares marca el paso del mar Rojo de aquel éxodo o el “volver a Galilea” de los seguidores de Jesús.

Rutilio atendió pastoralmente a su pueblo en visitas esporádicas desde el seminario. En las vacaciones de los seminaristas ensayó caer con 60 de ellos sobre un pueblo y “misionarlo sin dejar casa sin visitar”. Las llamará luego “algaradas juveniles”. Pero son un germen de lo que serán las “misiones” en Aguilares, el tiempo fuerte y más carismático -exceptuado el martirio- de nuestra evangelización, según la propia gente y una seria evaluación, muy avanzada cuando matan a Rutilio.

Desplazarse de la ciudad, acercarse hasta sembrarse en el surco campesino, acompañarlo en su vida y problemas, hacer camino en comunidad con él es opción “fundamental y primaria”. Y para mí, tan decisivo en ese éxodo como aquello, fue llegar en equipo. Superar las trampas del voluntarismo francotirador personalista y buscar eficacia poniendo a trabajar los talentos en equipo debía ser, entonces y hoy, reto eclesial comenzando por los jesuitas. “Queremos formar con ustedes una comunidad de hermanos donde nadie se sienta menos ni más”, será la proclama de presentación del equipo misionero.

El estudio tiende a desarraigar, desclasas, elitizar y alejar del pueblo. Volver a El Paisnal Tilo con un equipo de jesuitas, era revertir esa tendencia, encarnarse, bajar al pueblo; insertarse se dijo después.

La parroquia va a ser el trampolín para llegar allí donde ese pueblo hace y padece, los campesinos; para meterse con ellos y convivir con la idea clara de que para evangelizar a los pobres tiene uno primero que dejarse evangelizar por ellos.

“Aunque no tengan más que un amatón para sus juntas, queremos hacer con ustedes iglesia aquí donde viven”.

Después de todo, creo yo que la gran experiencia como jesuita es que los pobres nos evangelizaron.

Dicen que Rutilio era otro al hablar a las multitudes. ¿Puede explicarlo? ¿Qué cree que hacía especial los sermones de Rutilio?



Cruces en el sitio en que fueron asesinados Don Manuel Solórzano, Rutilio Grande y Nelson Rutilio Lemus

Tenía un no sé qué, un su modito, decían de él Mons. Romero y otros sacerdotes. Conocía y sentía a su gente, se interesaba en su realidad y la conocía bien y la hablaba como interpelación de Dios; no la desinflaba, ni se zafaba de ella o la espiritualizaba sin más. Para mí era un buen profeta y por otra parte, pues, sabía ponerlo en la lengua del pueblo, llegarle al pueblo, encandilar al pueblo.

El lenguaje, como orador, creo yo que era más popular y más rico en matices y tonos que el de Mons. Romero. Tilo bajaba más la verdad a nivel popular y era más denuncia y más anuncio y buena nueva, esperanza y ánimo, comunicación con la gente, para levantar y dar nueva vida y nueva conciencia. Creo que su palabra fue el gran carisma de Rutilio. Se le oía a gusto y no cansaba a pesar de que se alargaba. Repetía dichos y frases llenos de encanto popular.

A veces su “voz volaba a la plaza, al mercado y hasta las lomas y los cerros”. Cuando el templo estaba a rebosar y la homilía se ponía buena, sin que él se diera cuenta, pasábamos su voz a los parlantes de la torre.

No olvidaré el cuadro de gente, la más diversa, que, al oír los parlantes, se detenía, se acercaba, se quedaban en el atrio bajo los aceitunos escuchando, y con los brazos cruzados, silenciosos, no perdían una palabra de Rutilio. Al marcharse pensativos, de alguno oí éste o muy parecido susurro: “Nunca oí decir la verdad tan clarita como a él” .

Concluimos la entrevista con una pregunta importante. ¿Qué significó el asesinato de Rutilio?

Por razones prácticas vamos a desdoblar la pregunta. ¿Qué aconteció entonces y qué nos dice Rutilio al recordarle hoy? La Vicaría de Quezaltepeque, hoy de Rutilio Grande, quiso “terminar el camino y la novena de San José que a Rutilio no dejaron terminar”. El 19 de marzo, a la semana de su muerte, celebramos la romería a las tumbas de El Paisnal. “Juntos caminamos con Tilo, Señor” -versión del original “contigo, Señor” de Rutilio- va a ser el canto slogan que fue reuniendo ríos humanos: las comunidades del campo, de la ciudad de Aguilares, de la Vicaria y San Salvador. Al confluir en el punto donde cayeron, golpe a golpe se clavaron tres cruces de jote y se sembraron en silencio sólo cortado por el quejido de la guitarra del cerro Guazapa, de Ovidio. La gente del pueblo sabe que la cruz de jote revive y reverdece. Monseñor Romero, que presidía la misa bajo un sol calcinante ante el templo de El Paisnal, auguraba vida. Esto ocurría a una semana exacta de la muerte de los primeros mártires de Aguilares.

En efecto, Rutilio, sin buscar liderazgo, o quizá por ello, se convirtió en precursor, protomártir y signo profético para muchos cristianos. Con Tilo comienza una interminable procesión de testigos. La tira de nombres de mártires salvadoreños ha de ser larga; aún así habrá que añadir un “e innumerables mártires” de El Salvador para hacerles justicia. En vida y en muerte Rutilio tuvo una nube de seguidores que no sólo vienen después de él, sino que muchos tendrán bastante que ver con él.

En la espiral de represión al pueblo, a sus líderes e instancias, a finales del 76 e inicios del 77 -tiempo de elecciones por cierto- nada ni nadie detenía a los verdugos del pueblo. Días oscuros en los que ser pueblo

o estar con él, ser Iglesia o del clero, era caer y vivir bajo sospecha. Hasta el horrendo “haga patria, mate un cura” que se propagó en la capital cuando ya habían caído algunos sacerdotes.

Rutilio encabezará la lista de una veintena de sacerdotes -un arzobispo y un obispo entre ellos-, que serán asesinados. Al matar a Rutilio



Vista de una parte de los asistentes a la Misa única celebrada el 22 de marzo de 1977

Grande y acompañantes camino de su pueblo, aquel 12 de marzo del 77, golpeaban a la Iglesia más comprometida en la evangelización de los pobres y con los pobres -cristianos, sacerdotes y obispos-, a los jesuitas coherentes con su servicio de la fe y promoción de la justicia, al campesinado más pobre que despertaba y se venía organizando a

pasos acelerados, al pueblo en suma, siempre domado y que por fin decía “basta ya”.

Eso significa Rutilio cuando descabezan al equipo misionero y matan al párroco de Aguilares. Sucedió hace 30 años y Rutilio fue el primero de los más notables de cientos de asesinados. El decretar olvido de ellos y de ese pasado -el perdón pedido y dado parece que no entra como remedio y sal que sane la herida por más que arda- no es sino artimaña de los que tienen mala conciencia o se sienten cómplices y culpables.

El sesenta por ciento de nuestra población es joven, la mayoría incluso nació después de la muerte de Rutilio, son hijos de la guerra a quienes no se les quiere decir la verdad de lo que pasó y por qué pasó. Sería insensatez, grosería e ingratitud olvidar la historia y a los que la hicieron a riesgo de volver a repetir los errores que nos llevaron a violencias extremas.

La muerte de Rutilio marca un antes y un después, un renacer en muchos cristianos y religiosos, más allá de El Salvador, pero sobre todo en Monseñor Romero, en el pueblo de Dios y en la Iglesia que se va a convocar en torno a él.

No hubo que esperar al tercer día para la resurrección de Tilo y compañeros. En el templo de Aguilares hubo varias misas antes de que fuera la de “cuerpo presente” de los asesinados. La misa con los tres cuerpos acribillados, presidida por Mons. Romero, fue lenta, tensa, dolorida. La conmoción de la gente, los sollozos y lágrimas, ocuparon más lugar que la palabra. Lectores y sacerdotes se entrecortaban. Monseñor, visiblemente tocado por el amigo y pastor herido con dos de sus campesinos, apenas comentó el evangelio. “¡Qué más Palabra de Dios que los asesinados allí presentes!”, acertó a decir un sacerdote.

Al filo de la media noche terminó la misa Monseñor e inmediatamente convocó en el convento una junta de laicos, religiosos, sacerdotes y familiares. Pidió pareceres, opiniones, consejo; pero sorprendía su determinación de sentar signos claros de que la muerte no terminaba con Rutilio y sus compañeros. En Monseñor, Rutilio traspasado resucitaba ya, y gracias a él empezaba a resucitar en sus hermanos jesuitas, en su Iglesia, en su pueblo. Según la crónica nunca hubo tanta gente en el parque de catedral como la convocada en la misa única el domingo a los ocho días del asesinato de Rutilio; y es de recordar que las reuniones públicas estaban prohibidas por un decreto de “estado de sitio”.

Las misas de cuerpos presentes en catedral, el entierro en peregrinación hasta el templo de El Paisnal, la romería vicarial para la misa campal de San José ante el mismo templo, la misa única de la arquidiócesis, movió y removió más conciencia, convocó y puso en camino más Iglesia, trascendió tanto, que sólo se podrá comparar, tres años después, con otro asesinato, el del propio Mons. Romero.

Por último, quizá lo más importante, ¿qué nos dice Rutilio en 2007?

La cruces de jote de Rutilio y compañeros, al filo del cañal a medio camino de Aguilares a El Paisnal, no lograron florecer. Los días que vinieron “¡fue más tiempo de arrancar que de sembrar, más tiempo de guerra que tiempo de paz!”. Parecía que el afán de borrarlas del camino iba a ser más terco que el de rehacerlas una y otra vez. Son visibles hoy las reliquias en cemento de cruces anteriores. Mas no, 30 años y allí siguen sembradas, apuntando al cielo, una más grande, al P. Grande, en medio de otras dos a Nelson y don Meme. El grano de trigo cayó en tierra, se sembró hace 30 años. Es tiempo de recoger espigas.

Entre individualismos, desencantos y “sálvese quien pueda” ¿a qué nos apunta hoy Rutilio Grande? Para espigar los granos de trigo que nos deja Rutilio, me atendré a un punteado indicativo que no está ordenado, ni es exhaustivo, ni de igual valor. Al viento va, pues. Agarre el que pueda agarrar.

- Ante todo, y en cada punto siguiente, Rutilio tomó en serio, como primero y último, el seguimiento, el espíritu de Jesús, el Evangelio: “Vamos a seguir con fe al hombre de Nazaret”.

- Hora de despertar. Rutilio en el ojo de la tormenta, en la crisis entre el clero y el episcopado tras la Semana nacional de Pastoral. Anima y denuncia a unos y otros a superar la crisis con un paso hacia delante de conversión para despertar a una Iglesia soñolienta.

- Vuelve a estar el pueblo excluido, “como ovejas sin pastor”, en un mundo de lobos en que se le niega y quita hasta la ilusión de poder soñar.

- Una Iglesia en apatía y desencanto, en el mejor de los casos, cristianos ensimismados, sin luz ni sal para el mundo; Iglesia con poca buena nueva para los pobres e instrumento muy lerdo para que el reino del Padre vaya fermentando. “La mesa de manteles largos para todos y que a nadie le falte el taburete y el conqué”, mejor ya ni cantar.

- La misión de Iglesia de ir a hacer Iglesia, no sólo llevar la Iglesia o llamar puertas para que vengan a la Iglesia. Se traduce en pastoreo, en dar

vida en equipo, grupos, comunidades de solidaridad, pueblo de Dios que genera y organiza esperanzas en búsqueda de ir haciendo presente la utopía del reino.

- Volvamos al pueblo, volvamos al Evangelio. El Rutilio que vuelve a El Paisnal nos lleva a convertir nuestras vidas -no sólo los ojos o la mente- a las mayorías excluidas de este pueblo y juntos hacer historia de vida. La Iglesia de Puebla dirá “opción preferencial por los pobres”. Hoy se dice que esa opción se supone, cuando se niega prácticamente o se olvida sin más.

- No podemos planificar si no estamos claros. Qué Iglesia e Iglesia de quién queremos; con quiénes va a estar, desde quiénes tiene que hablar, qué tentaciones tiene que superar. No se puede servir a Dios y al dólar. Este, como ídolo, necesita servidores y víctimas. Estar con el Dios de los pobres y con los pobres de Dios trae problemas. Los mártires son testigos de ello.

- Dar identidad a este pueblo, a la persona, dignidad al pobre... Nos decimos salvadoreños cristianos; que esa doble designación refleje un sueño, una tarea, una meta, un orgullo, una vocación. El salvadoreño - más si es joven- que tenga otra ilusión que el sueño americano. Huír de El Salvador para sobrevivir puede ser solución inmediata, pero a la larga no es salvación, sino sangría abierta de costos humanos y sociales incalculables.

Lo mataron hace 30 años, pero creo que Rutilio como salvadoreño, cristiano, religioso, hombre de Iglesia y de su pueblo cobra una tremenda actualidad.

Santa Tecla, 12 de marzo de 2007
XXX aniversario de los mártires de Aguilares-El Paisnal.



El Padre Carranza con el Padre Valdés en la Parroquia de El Carmen, Santa Tecla

TESTIMONIO DEL PADRE OCTAVIO CRUZ

El Padre Octavio Cruz convivió y trabajó con el Padre Rutilio Grande en Aguilares desde 1973 a 1975. En la actualidad es párroco de San Sebastián en Cojutepeque.

¿Cómo recuerdas la persona del P. Tilo? ¿Qué rasgos centrales contarías a otras personas para que tuviera una imagen acertada de su trabajo?

Al Padre Rutilio Grande tuve la dicha de encontrármelo en varios momentos y situaciones a lo largo de mi vida. El primer encuentro fue cuando él era profesor y yo alumno. En el Seminario Menor de San José de la Montaña, en el bachillerato me dio clases de Constitución Política de El Salvador, materia que debía impartirla un salvadoreño, y de Biblia. Luego fue profesor de liturgia en el Seminario Mayor. Y sobre todo lo recuerdo orientador pastoral.

Lo que más me impactó de él en esa época fue su preocupación vital por la pastoral de la Iglesia frente a la situación que se vivía en ese tiempo. Quería que la Iglesia no fuera una institución como un cascarón vacío, que sigue existiendo pero sin ningún impacto o incidencia en la realidad del país y de cara a la historia del país.

Por último, lo traté como compañero en el Equipo Pastoral de Aguilares, en los años 1973 a 1975. Al principio todavía como seminarista, cuando yo realizaba prácticas pastorales en 1973. Y luego como sacerdote, después de mi ordenación sacerdotal en marzo de 1974. Monseñor Luis

Chávez y González me concedió permiso para integrarme al equipo de Aguilares.

Entre los rasgos que mejor recuerdo enumero los siguientes:

- Su preocupación por la verdad y la justicia.

- Su apego al Evangelio de Jesucristo leído desde la realidad de la pobreza y la explotación.

- El deseo de hacer un trabajo pastoral con base en un plan que parte del evangelio, de la misión de la Iglesia y de una lectura cristiana de la realidad.

- La capacidad para el trabajo en equipo, preocupado por nuestro crecimiento personal como pastores, por nuestra salud, por nuestra espiritualidad y por la coherencia cristiana.

- El rigor en la metodología del trabajo, la planificación, el control, el seguimiento de la acción, la reflexión permanente, la iluminación desde la Palabra de Dios.

- La delegación de funciones, las reuniones de evaluación y reprogramación del trabajo.

- El deseo de estar actualizado en cuanto a la pastoral de la Iglesia y los nuevos documentos, lo mismo que una continua referencia y lectura de la realidad del país y de la zona de nuestro trabajo pastoral concreto.

- El respeto por las tradiciones del pueblo y la búsqueda permanente de su evangelización, aprovechando los elementos de preevangelización presentes para un anuncio explícito de Jesucristo.

- La capacidad de cercanía en el lenguaje de la gente, lo que le permitía una comunicación bien inculcada. Era asombrosa la sencillez al hablar y al mismo tiempo su fuerza. Las personas quedaban impactadas.

- Y sobre todo el rasgo profético. El P. Rutilio se crecía de una manera increíble en las celebraciones, vivía un contacto vivo con Dios en las celebraciones y tenía la capacidad de que todos los oyentes tuviéramos una experiencia auténtica de fe en la presencia de Dios en las celebraciones.

- Por último un amor entrañable y fidelidad a la Iglesia, nuestra madre y maestra, con defectos, a veces, pero nuestra madre. Hay que amarla y obedecerla, pero también ayudarla a crecer en la fidelidad a la misión que hay que actualizar permanentemente.

¿Qué maneras de proceder y actuar del P. Tilo sirven para sentirse invitados a vivir la entrega y compromiso en la parroquia? Es decir, ¿en qué él es símbolo de un párroco?

- Su responsabilidad pastoral con la feligresía a él confiada. Por eso parte de un estudio previo de la realidad de la zona en donde está enclavada la parroquia: la geografía, la economía, el conflicto social de la zona, la religiosidad, la cultura, las condiciones socio-religioso-culturales de la población.



P. Amando López, P. César Jerez, Monseñor Rivera y Damas, P. Rutilio Grande y P. Juan Hernández Pico

- La conciencia de la totalidad de la misión de la Iglesia que hay que hacer presente en toda la zona pastoral, a partir del triple ministerio y las diversas concreciones del mismo. Responsabilidad en la realización de la totalidad de la misión.

- Contar con una metodología específica de trabajo pastoral que se va concretizando y evaluando permanentemente para hacer las adecuaciones necesarias de acuerdo a la realidad.

- Búsqueda de armonizar estudio, espiritualidad, servicio pastoral.

- Identificación y sentido de pertenencia responsable y crítico con la iglesia particular o diócesis, sin buscar hacer de la experiencia pastoral de la parroquia una isla, sino una fuente de espiritualidad y de aporte concreto a la vida de la diócesis. Participando en las diversas reuniones y comisiones pastorales diversas: Vicario, Senado Presbiteral, etc. Aportando crítica y creativamente en todos los espacios posibles. Desde una fidelidad y obediencia a la Iglesia.

- El sentido de trabajo en equipo, tanto con el equipo de Aguilares, como con la Vicaría.

- Y como telón de fondo, la preocupación del buen pastor por la vida total de los fieles, buscando su vida y dándoles su vida. Desgastándose por ellos.

- Cuidado también por el porte externo de su figura sacerdotal. Por ejemplo, no aceptaba nunca ir en el carro con una mujer sola. Trato respetuoso a hombres y mujeres, niños y niñas.

- Santidad de vida.

- Preocupado también por la recta administración de los bienes a él confiados: recursos espirituales, litúrgicos-sacramentales, culturales, arte, edificios, humanos, financieros, etc.

Treinta años después, ¿qué o cuál considerarías su herencia?

A mi parecer la herencia que habría que rescatar y dar a conocer, pues en gran medida se está perdiendo, entre otras cosas, sería la siguiente:

- La manera sacerdotal de situarse frente a la realidad respondiendo a sus interpelaciones desde su ser Iglesia.

- La disponibilidad para cooperar con las tareas pastorales de la Parroquia, de la Vicaría y de la Diócesis. Compartíamos por igual los trabajos en la parroquia y nos ayudábamos cuando era necesario. Apoyo a otras parroquias de la vicaría cuando se le solicitaba. Participando como Vicario o como miembro del senado presbiteral de la diócesis.

- La capacidad de entrega e iniciativa para innovar la pastoral de la diócesis buscando ser fieles al Magisterio, la Palabra de Dios y la realidad del país. Vivía permanentemente preocupado por la misión de la Iglesia, que como cuerpo todos diéramos la respuesta pastoral que nos correspondía de acuerdo al momento.

- La responsabilidad en preparar sus participaciones en las diversas celebraciones litúrgicas.

- La clara opción pastoral que dirigió su hacer y su fidelidad a la misma a pesar de las oposiciones.

- La búsqueda de creatividad pastoral en el desarrollo del trabajo y la búsqueda de símbolos litúrgicos apegados a la realidad cultural.

- La integralidad en la ejecución de la misión tratando de responder y cubrir todas las áreas del ser humano.

- La capacidad de planificar el trabajo y darle un sentido claro de servicio al Reino de Dios.

- Su santidad y coherencia en su actuar, su palabra profética estaba respaldada en la honradez de su vida, su vida de oración y permanente estudio.

- La búsqueda de incentivar a otros sacerdotes en su labor pastoral apoyando la renovación pastoral de toda la diócesis, rodeándose de los mejores sacerdotes para impulsar esta labor.

- En cuanto al compromiso de los laicos, su preocupación porque no cayeran en el inmediatez sin valorar la globalidad del contexto del país y caer en acciones suicidas. El veía el cambio social como una tarea global, de nación y no de un grupo aislado.

¿Qué sería bueno hacer para mantener viva su memoria?

En primer lugar volver a publicar su biografía o escritos similares, y hacerlas llegar al clero. Sería bueno organizar algún seminario o talleres de pastoral parroquial en los que se compartieran diversas experiencias, incluidas la del P. Rutilio.

En ambos casos hay que cuidar la presentación integral de su ministerio, su espiritualidad, su estudio, su talante profético, su conocimiento de la realidad, su pasión por el reino, su amor por una liturgia viva y encarnada, su vida de oración, su fidelidad y obediencia a la Iglesia y la Jerarquía, su santidad de vida. Y la seriedad de su trabajo y compromiso. No era un aventurero, sino alguien que había meditado muy bien su actuar, en búsqueda sí, pero sin arrebatos.

Yo por mi parte doy gracias a Dios por haberle conocido, por la amistad que nos unió, por el amor y acompañamiento que me brindó. Por la confianza de admitirme en el equipo de Aguilares, a pesar de que yo no era jesuita. Por las constantes reuniones de trabajo: planificación, evaluación, estudio, oración. Por su testimonio de santidad, rectitud, amor y entrega a los pobres.

Además considero que desde el cielo ha intercedido ante el Padre Dios para protegerme en el desempeño en mi ministerio sacerdotal. Yo estaba fuera del país cuando le martirizaron y no pude asistir a su entierro, pero tengo la satisfacción de que el ornamento con el que me ordené sacerdote fue con el que lo enterraron.

Pido a Dios, que el testimonio del P. Rutilio Grande nos siga iluminando en nuestro ministerio sacerdotal y su intercesión proteja a todos aquellos que, como él, arriesgan su vida al servicio del Reino de Dios.



P. Octavio Cruz (segunda fila, el segundo de izq. a der.) con Rosenda, Ticha, Benigno, Félix García, Nico, P. Rutilio, Chema y Chente Murillo durante la Semana Pastoral, 1976.



Habitación del P. Rutilio Grande

TESTIMONIO DE LA NIÑA TINA PADRE TILO “AGUILARES SE VISTE DE FIESTA”

Presentamos la experiencia de una persona que convivió y trabajó con el P. Rutilio Grande, a quien le tuvo un gran cariño. Es María Ernestina Rivera Castellón, conocida como niña Tina. Nació el 5 de abril de 1932 en el cantón Las Cañas, Municipio de la Reina, Chalatenango. En su niñez le tocó vivir de un cantón a otro por los trabajos del papá. Así, estuvo en San Antonio Grande, cantón de Aguilares, después en Las Lomitas, Aguascalientes, cerca de La Reina, para terminar en la hacienda La Cabaña. Cuando su padre falleció tuvieron que dejar la casa en La Cabaña y se vinieron para Aguilares. Tenía nueve años en ese momento.

Por su vigor inigualable, mantenemos, con breves retoques, el estilo escrito de la niña Tina. Como notará el lector, en el relato a veces aparecen las palabras de la niña Tina mezcladas con otras de Rutilio Grande, sobre todo algunas frases famosas de sus homilías, y así lo publicamos. A pie de página explicamos el significado de algunas palabras, sobre todo las que usan los campesinos.

Cómo conocí al Padre Rutilio Grande

Lo vi por primera vez cuando entré a la Iglesia de Aguilares con un grupo de niños que se preparaban para una pastorela. Al entrar, estaban cuatro sacerdotes vestidos de particulares, y el Padre Rutilio vestía ropa oscura. Los niños entraron corriendo al templo para visitar al Señor de la

Misericordia. Los sacerdotes vieron a los niños y dijeron: ¿qué cosa es esto? Yo iba detrás de los niños, los saludé y seguí adelante. No sabía que eran padres. Sólo el que vestía de negro me imaginé que era padre. Hicimos la visita y nos fuimos.

A los pocos días llegó a mi casa, preguntando: ¿Aquí vive la señora Tina, la rezadora? En la casa sólo estaban los cipotes y ellos le contestaron: ¡sí!. Y el Padre Tilo añadió: Pero no es rezadora de las cuetonas¹. Ellos no le contestaron y él les dijo: díganle que quiero hablar con ella, que la espero en la sacristía. Yo no estaba en la casa, estaba trabajando clasificando tabaco.

Los cipotes me salieron a encontrar y afligidos me dijeron que el padre nuevo, que había llegado a la parroquia, quería que fuera a hablar con él. Yo me sorprendí porque nunca un padre había hablado conmigo. Pensé que era sobre los niños de la pastorela que habían entrado corriendo. Les di la cena a los cipotes² y me fui a la parroquia. Cuando llegué, encontré al sacristán y me preguntó que a quién buscaba. Le dije que al padre. Él me respondió: ¿a cuál de los cuatro padres? Yo le dije que no sé cuál de ellos me dejó el recado.

En ese momento salió el Padre Rutilio, lo saludé y me preguntó: ¿vos sos la niña Tina? Yo le dije, sí, y vengo por la razón que me dejó. Dicen que sos muy conocida en el pueblo, me dijo. Pues, bien quiero que me hagás un favor. Usted dirá, le dije. Yo quiero dar un curso bíblico, pero necesito un lugar a donde darlo. Me preguntó si tenía Biblia y le dije que no, pero él me dijo que ya la tendrás. Me preguntó cómo rezaba y le dije que tenía un cuaderno y que así me lo había aprendido. Así que de esa manera te has dado a conocer en el pueblo, me dijo. Bueno, también me llaman para bautizar a los niños cuando se están muriendo, les echo el agua, lo aprendí en un librito, y si acaso morían, les cantaba los parabienes. Me dijo: tú crees que me consigues el local. Voy a ver si puedo, le dije. Cuando lo tengas me vienes a avisar. Está bien, dije yo.

1 *Cuetona*, de cohete. La rezadora que se sube a las nubes en los rezos y se olvida de los problemas de la tierra.

2 *Cipotes*: niños, muchachos.

Me fui donde el compadre Carmen que tenía una galera y le dije que el padre solicitaba un lugar donde dar una catequesis bíblica, y si su galera estaba buena para eso, si podía hacer el favor de prestarla. Me dijo: cómo no comadre, está desocupada. Yo se la mando a arreglar y dígame que la venga a ver. El padre me dijo: está muy buena, comenzamos el próximo lunes. Así comenzó la catequesis, y me dijo: tú te vas a encargar de conseguir la gente. Conseguí una amiga tuya para que te ayude.



La niña Tinita en La misa de ordenación de tres diáconos jesuitas en Aguilares, al fondo el P. César Jerez, Monseñor Rivera y Damas y el P. Rutilio Grande.

Conseguimos como sesenta personas y con ellas se comenzó la catequesis. El Padre Tilo trajo libros de cantos y también Biblias y las repartió entre los que sabían leer. Y se fue presentando y les daba la mano. Les dijo cómo íbamos a comenzar el trabajo de la catequesis. Tomen su Biblia y busquen el Nuevo Testamento, y empezó a darnos los textos todas las noches hasta las nueve. Nos repartía nuevas clases del Nuevo Testamento y nos daba las citas bíblicas que íbamos a reflexionar. Tenía una paciencia con cada uno de nosotras como un padre enseña a sus hijos. Nadie se avergonzaba por equivocarse, tenía una paciencia para aclarar lo equivocado. Con su humildad, su sencillez hizo que le tomáramos confianza. Con su mirada de ternura de padre amoroso el Padre Tilo hizo nacer en nosotros ese amor y ese gran cariño.

Era como un padre, un amigo, un hermano, su mirada era suplicante, sensible y tenía facilidad de palabra para convencer. Uno no podía negarse porque tenía una certeza de adivinar el punto débil del ser humano. Era decidido, iluminado, franco para decir las cosas. Cuando yo le decía, Padre Tilo, ahí andan diciendo que somos comunistas porque la doctrina que

estamos recibiendo es comunista, me decía: éstos son “orejas”³ que andan buscando caer bien a esos caínes⁴, díganles que vengan a oír bien. Decíles que sí sos comunista, pero de la limpia no de la sucia.

Cómo acompañamos al Padre Rutilio

El Padre Rutilio no podía callarse ante la expulsión del Padre Mario Bernal. Nos pidió carteles con mensajes bíblicos para evangelizar.



Eucaristía celebrada en Apopa con motivo de la expulsión del país del P. Mario Bernal, 13 de febrero de 1977

Nosotras, las de la ciudad de Aguilares, nos convencimos con la homilía. La dio el Padre Rutilio. Recuerdo cuando dijo: por esta radicalidad evangélica, me temo queridos hermanos y amigos que muy pronto la Biblia y el evangelio no podrán entrar por nuestras fronteras. Nos llegarán las pastas nada más porque todas sus páginas son

subversivas, contra el pecado naturalmente. Si Jesús de Nazareth volviera de Chalatenango a San Salvador, yo me atrevo a decir que no llegaría con su prédica hasta Apopa. Lo detendrían a la altura de Guazapa, ahí lo pondrían preso, lo acusarían de revoltoso porque es un clan de caínes quienes hace esto. Lo volverían a crucificar y ojalá que me libre Dios a mí que también estuviera en la colada de los crucificadotes. Preferiríamos un Cristo de los meros enterradores y sepultadores, un Cristo fabricado a su antojo, según nuestros mezquinos intereses. Algunos no querrían a un Dios que intranquilizara la conciencia. Un Dios que preguntara a Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel? ¡Ay de ustedes hipócritas que de dientes a labios se hacen llamar católicos y, por dentro, son inmundicia de maldad!

3 *Orejas*, personas que se ponen a escuchar lo que hablan las personas que son críticas del gobierno y de los poderosos para denunciarlas.

4 *Caínes*. Término que usó Rutilio para referirse a los ricos y opresores sin entrañas.

Caínes que crucifican al Señor cuando camina con el nombre de Manuel, Luis, Chabela y con el nombre del humilde trabajador del campo. Así dijo, pero quienes pretendieron callar su voz con las balas, no han hecho sino amplificar más su vida y su palabra, ellas permanecerán para siempre.

En el camino nos hicieron una especie de bloqueo para que no fuéramos. Con esta homilía asustó a los protestantes. A partir de ahí, decidió trabajar en línea del acompañamiento y la profundización del evangelio en las comunidades. Y fue ahí que las cosas se fueron empeorando. Ya no quiso y no podíamos hacer reuniones porque ya había “orejas” por todos lados. Había uno que yo conocía, era vecino, recogía las Orientaciones⁵ y se las llevaba a Medrano⁶. Yo le ofrecí mi casa al Padre Rutilio para las reuniones y no quiso porque era peligroso para mi familia, me dijo. Las seguimos haciendo en la parroquia. El Padre Tilo proclama de nuevo que todos éramos hermanos, pero existen caínes que quiere decir que son un aborto del plan de Dios.

Existen caínes que invocan a Dios que es lo peor. Los caínes reclaman, yo compré la mitad de El Salvador con mi dinero luego tengo derechos. No hay, dice el Padre Tilo, ningún derecho que valga ante la mayoría. El mundo material es para todos, sin fronteras. Luego hay una mesa común para todos, como esta eucaristía, cada uno con su taburete y que para todos llegue la mesa común para todos, el mantel y el conque⁷.

Bajar el evangelio de las nubes

Cuando terminó el cursillo bíblico, el Padre Rutilio eligió delegados de la palabra con compromisos, uno por uno, los que más consideramos responsables y que tenían una facilidad de palabra para convencer. Como habíamos dicho, no podía negarse uno porque él tenía un método de adivinar el punto débil y tenía una ternura suplicante.

5 *Orientación*. Publicación semanal del Arzobispado.

6 *Medrano*. General de la Guardia Nacional y de Orden, organización gubernamental, ambas muy represivas sobre todo con los campesinos.

7 *Conqué* es el alimento sencillo con que los campesinos completan su comida básica de tortillas y frijoles. Suele ser un poco de queso, arroz...

Los humildes conocimos los deseos que él tenía de ayudarnos a conocer la palabra de Dios y decidimos hacer lo que él quería, pues nos había ganado su confianza y era así como creció el conocimiento del evangelio. Discernieron que Dios era un padre amoroso y que todos éramos sus hijos y nos quería a todos igual y que el mundo material era para todos sin fronteras y había una mesa para todos.

El Padre Rutilio felicitó a los campesinos porque el Evangelio lo habían hecho real, unido a sus vidas, habían bajado el evangelio de las nubes y es así cómo ellos le tenían gran cariño al Padre Rutilio porque él nos dio a conocer lo que Dios quería para nosotros. Cuando se hacía por primera vez la fiesta del maíz, les pidió a todos elotes para hacer atoladas⁸ y también mazorcas grandes para ser premiada la más grande. También pidió trabajos naturales de tusas⁹ y elotes grandes. Se hicieron muchas manualidades con el maíz. Con los granos se hicieron flores, con los elotes nacimientos, con las tusas la Virgen, san José. Que cada comunidad hiciera canciones del maíz y eligiera una reina para presentar la comunidad el día de la fiesta. La reina debía ser una señora servidora de la comunidad y todas debían ser elegidas por la mayoría.

En mi comunidad nadie quería ser reina, pues. Yo me ofrecí para representar a la comunidad. Entre todos me adornaron el vestido y los zapatos. Entre todas me arreglaron para la presentación de la comunidad. Todo el traje era de maíz. Se hizo una gran fiesta inolvidable, los trabajadores del campo felices porque su trabajo se había engrandecido. Ellos arreglaron canciones bonitas, compuestas por ellos. Felices nos hallábamos y no sabíamos cómo agradecer al Padre Rutilio y decían que ningún padre había hecho esto, y más con alegría le obedecían.

Todos acudíamos a las citas dos veces por semana, enseñaba el evangelio y también nos daba el material para reunirnos con la comunidad y se repartían los trabajos. Unos visitaban las familias para invitarlas a que compartieran con nosotros, otros se dedicaban a visitar enfermos, y si

8 *Atolada*, fiesta campesina cuando se recogen los primeros elotes, con los que se hace una bebida espesa azucarada muy del gusto de los campesinos.

9 *Tusas*, hojas que envuelven la parte más externa de la mazorca.

hallábamos algún pobrecito que no tenía para comprar medicina le participábamos al padre. Él tenía un amigo médico que le había ofrecido dos consultas por semana. Nos daba una tarjeta y su dirección y nosotros lo llevábamos. A este doctor después lo mataron. Con las embarazadas platicábamos con ellas para cuándo esperaban el bebé y estábamos pendientes de cuándo nacía. La visitábamos y le llevábamos su regalito y le hablábamos del bautizo, para cuándo lo iba a programar para anotar y haciendo la lista de los que se iban a bautizar en ese mes.



El Padre Rutilio Grande en sus años de estudio y de formación sacerdotal

El código del reino de Dios es el amor. Palabra clave que resume todos los códigos, ética de la humanidad que rompe y echa abajo toda clase de barrera, de prejuicio y supera el odio mismo. Nosotros, nos aclara el Padre Rutilio, no estamos aquí por odio, incluso a esos caínes los amamos. El cristiano no tiene enemigos, aún los que son caínes, no odiamos a nadie. El ministerio sacerdotal no tiene razón de ser si no es en función del pueblo. Ministerio viene de administrar que quiere decir, servidores del pueblo de Dios. En este mundo es necesario encarnar los valores del evangelio en las realidades de este país para transformarlo éticamente. Como profeta, nos enfrentamos con la palabra de Dios en las manos, el termómetro y el péndulo para medir las realidades humanas en las que estamos involucrados los distintos grupos que componen el país, los caínes y aquellos que son abeles¹⁰ de la Iglesia.

La magnífica¹¹ es lo más terrible que hay según el lenguaje popular. Ojalá no la ocupen para encantar serpientes o cuando se pierda la vaca o para ponerla en el hechizo. No sé quién dijo que la magnífica aclara la verdad, y que la Virgen la ocupaba para alabar a Dios al ser elegida reina por

10 *Abel*, el justo, hermano de Caín.

11 *La magnífica*. Un pedazo de papel donde está escrito el texto del Magnificat, o parte de él, que se reza como devoción privada y es usado de manera parecida a un amuleto.

Dios, pero no anduvo vendiendo votos para que la eligieran ni hizo fiestas en el hotel Sheraton. La magnífica denuncia aquellos que no tienen temor a Dios porque hay gente por ahí muy de gran colmillo que no le tiene temor a Dios. No más quieren el gran guacalón¹² para ellos, bárbaros, soberbios los ricos por caínes crueles e ingratos.

La persona del Padre Rutilio en nuestro corazón

Fuimos acompañando al Padre Rutilio para presentarnos a hablar con los de Sola, dueños de la hacienda La Cabaña. Cuando se acabó la zafra de caña a los trabajadores les habían pagado la quincena pero no una semana más que habían terminado, pues todo acabó una semana antes de lo que habían dicho. Los trabajadores no querían recibir el pago para que les dieran completo lo que habían trabajado. Fueron donde el Padre Rutilio y le pusieron la queja y en la noche que llegamos a la reunión le dijimos qué pensaba y dijo que nos uniéramos y que fuéramos a suplicarles que sean justos y que les paguen lo justo. Yo entraré y ustedes se quedan en la puerta, pues todas esas gentes eran de las comunidades de Las Tunas, El Tronador, El Tablón, Sitio Grande de Guadalupe. Les hicimos la invitación y los visitamos, también buscamos un camión para los que quisieran ir a acompañar al Padre. Llenamos el camión. Cuando llegamos la camionada de mujeres y hombres, el padre entró solito y nosotros nos quedamos en la puerta, y pidió permiso a los vigilantes y les dijo que fueran a dar parte de que era el Padre Rutilio que solicitaba permiso para entrar para hablar con ellos, y nosotros orando para que no le fuera a pasar nada. Pero consiguió que nos pagaran todo.

La función de servir estaba en la comunidad y en la parroquia. Con los delegados se tenía una reunión para instruirlos sobre sus nuevas obligaciones. Por ejemplo, nos dio el compromiso de ese año sacar 100 niños y niñas de primera comunión. Nos había dicho que todos se vistieran sencillos para que los más pobrecitos no se sintieran apenados y hubiera diferencia. Unas mamás no obedecieron y el Padre dejó de últimos en la fila a los niños que venían vestidos de gala.

¹² *Guacal*, recipiente de los campesinos. Aquí se usa para expresar la codicia extrema de los ricos.

El Padre Rutilio cargaba una cajita como de oro donde ponía las hostias para dar la comunión a los enfermos o gente que la pedía. Pero siempre llevaba una hostia con él. Un día yo le pregunté para qué la guardaba ahí y me contestó suave: por si cuando me maten, porque estoy amenazado, le pido al Señor que me dé licencia para morir con ella en la boca. Yo le decía, padre por qué no se va un tiempo y después cuando todo se calme regresa, y él me decía: yo no abandonaría a mi pueblo, soy salvadoreño y moriré por ellos.

En una homilía aclaró a los protestantes de olvidar lo material en beneficio de lo espiritual. Las dos cosas, decía, son importantes para el hombre. También decía que acusaban de comunismo o de política y que había amenazas de los militares para interrumpir las reuniones y de hacer conflictos internos para propiciar estas acusaciones. Recordó lo que le hicieron a Jesús y que todo sería a la vez. Fue famosa una homilía donde dijo que hay unos que se santiguan en el nombre del café y del algodón y de la caña de azúcar.

Nos decía y nos recordaba a menudo que el equipo misionero tenía que proclamar el evangelio limpio sin intereses personales y dijo que bajo ningún pretexto administraría los sacramentos a quienes no estuvieran evangelizados ya que consideraba que traicionaría su conciencia. Pero también aclaró que su evangelio no tenía nada que ver con las agrupaciones políticas de ninguna clase. La política del equipo sería de anunciar el evangelio lo cual abarca todas las actividades destinadas por Dios contra toda clase de injusticias, atropellos, contra la persona humana. Pues los campesinos habían sido capacitados y descubrieron que sí podían opinar y se acabó la vergüenza y la timidez. Y comenzaron a hablar, sabían que tenían que denunciar la injusticia. Se unieron para buscar lo que tenían que hacer para realizar el plan de Dios hoy y aquí, cosa que antes no tenían valor, no tenían voz. Pero ahora Dios sí quiere eso, para que ellos no sean como cohetes que ven sólo para arriba. Dios no está en las nubes acostado. Quien pueda con tales cosas recuerde que nos tenemos que salvar en racimo o en mazorca o en matata¹³ o sea en comunidad.

13 *Matata*. Morral de uso campesino en el que se ponen juntas todas las cosas que se llevan.

Estas palabras las comprendieron bien, sabían que no estaban solos, que todos éramos hermanos y que la lucha era en común. Esto lo habíamos aprendido de la enseñanza del Padre. Por medio del evangelio reconocieron que eran marginados tanto en los trabajos como en las cosechas, que había una explotación de sus vidas, y decidieron apreciar su trabajo y sus cosechas, iban a ser más unidos con sus hermanos porque habíamos reconocido que todos éramos hermanos y que no teníamos que marginarnos unos con otros. Lejos de eso, la palabra de Dios nos muestra que Dios no nos quiere separados, que estemos sin fronteras y que no hay derecho que valga frente a las mayorías. El mundo material es para todos sin fronteras, es una mesa común con manteles largos como la eucaristía.

Cómo se hace recuerdo en mi corazón el Padre Rutilio

Nos dejó un gran ejemplo, porque cuando Monseñor Romero se iba a ordenar de Obispo de la Catedral de El Salvador, él nos decía que Monseñor



Monseñor Chávez y González, Monseñor Romero, Monseñor Rivera y Damas y el P. Rutilio Grande

Romero estaba más unido a los ricos y no a los pobres. Porque los ricos lo pistiaban¹⁴ aunque él lo repartía a los mendigos y a los pobres que no tenían trabajo. Pero la mayoría de trabajadores que esos ricos marginaban no lo denunciaba o era que no se daba cuenta de lo que hacían. Por eso, teníamos que orar mucho y hacer vigiliass para que él cambiara su modo de pensar y se dirigiera a las personas que trabajan en el campo y que viera cómo las

explotaban con las grandes tareyas¹⁵, porque lo que estaba haciendo era

14 *Pistear*. Intentar comprar a alguien con dinero, que en lenguaje normal se dice pisto.

15 *Tareya*. Tarea es una porción de terreno que se mide por varas, que el campesino debe trabajar para el terrateniente. El caporal la mide con cuerdas y aumenta, tramposamente, el espacio, y el trabajo. Es una forma de explotación.

apoyando a los cañes que se levantan en la mañana persinándose en el nombre del café, del algodón y de la caña de azúcar.

Y hacíamos vigilia dos veces por semana con oraciones bien centradas porque el Padre Rutilio decía que la oración debe ser bien hecha, con el corazón y así tiene gran fuerza. La sorpresa fue cuando Monseñor Romero dijo la misa de cuerpo presente del Padre Rutilio y la homilía que dio me sorprendió, me hizo llorar cuando lo oí igualito al padre Rutilio y me acordé de la oración, el fruto ya está consumado. Monseñor Romero era otro Rutilio, la fuerza de la oración, Diosito nos oyó.

Uno de los temas centrales de la espiritualidad del Padre Rutilio era la eucaristía, allí encontró toda su fuerza. Dejando hablar a la fe, todas las ventajas son para Cristo, por eso cuando visitábamos a un enfermo le daba la eucaristía. El día que le pregunté por la hostia que llevaba me dijo: no dejaré a mi pueblo solo, aunque tenga que morir, lo haré con gusto, pero sí te digo, con mi muerte va a haber un cambio, una revolución del pueblo. El primer cambio que vi fue el de Monseñor Romero, un ejemplo para el país. El Padre Rutilio murió con dos hermanos. Sus enseñanzas resuenan en los corazones de los que lo conocimos porque yo sigo trabajando en comunidades. Trabajo con la parroquia de Colón, pertenezco a liturgia y le doy gracias a Dios por haber conocido al Padre Rutilio, y ahora sigo rezando pero no como cuetona, ahora lo vivo con mis hermanos, leemos el evangelio y lo meditamos con todos

Yo al reflexionar, me pregunto, quizás nosotros tuvimos la culpa de su muerte por haberle contado lo que nos sucedía. Pero al verle el deseo de conocer la vida del campo, el trato que le daban al trabajador, su mirada lo interrogaba a uno y nos mostraba que tuviéramos confianza. Como yo había trabajado en el campo, me preguntó cómo era el trato que daban al trabajador. Aunque trabajaba rozando¹⁶ caña, también he abonado cañales, he peinado¹⁷ cañales, en las algodoneras picudiando¹⁸ las plantas cuando no regaban veneno, porque el picudo se comía la bellota del algodón. También

16 *Rozar*, cortar.

17 *Peinar*, limpiar de maleza.

18 *Picudiar*, quitar el picudo, insecto que ataca al algodón.

nos veníamos a cortar café al volcán en El Espino y el trato que recibíamos era grosero. En los cañales unas grandes tareas que nos daban y si las emburramos¹⁹ no ganábamos nada hasta que las terminábamos. Clasifiqué tabaco, desgranábamos maíz en tusa, con mis hijos corté algodón y en las pesas nos hacían jarana²⁰, arranqué cacahuete.

Yo le conté toda mi vida, de los trabajos que había hecho y los sufrimientos por el mal trato que nos daban. Por eso, también él tuvo una



La niña Tinita en la misa de ordenación de tres diáconos jesuitas en Aguilares

gran confianza conmigo, él me llamaba cuando quería que le ayudara en algo. Cuando tres muchachos jesuitas se ordenaron de diáconos en Aguilares, me dijo, Tina quiero que representes al pueblo, y Juan Chacón²¹ al campesino. Yo me afligí porque nunca había agarrado un micrófono y le dije: qué voy a decir, y me dijo: lo que quisieras que fuera el trabajo de

estos jóvenes que se van a ordenar dentro de poco de sacerdotes, pues tú tienes un conocimiento del trabajador para que el trato sea justo y consciente.

Después los jesuitas me llevaron al colegio Externado y de nuevo le digo al padre Carlos y qué voy a decir. Me dijo: vos has trabajado en el campo, pues, dí todo lo que has visto. Y le dije: Ah, bueno, eso sí lo puedo decir. Después me llevaron a la UCA.

Pero cuando empezaron las persecuciones, fue lo duro para mí. Empezaron a buscar a los que habían doctrinado. Yo trabajaba con los

19 *Emburrar*, no poder hacer la tarea asignada por ser exagerada.

20 *Jarana*, trampa.

21 Campesino, importante dirigente cristiano de las organizaciones campesinas.

jesuitas en Antigua Cuscatlán pero a ellos también los empezaron a emigrar porque no eran salvadoreños. Al pobre padre Chambita en la toma de Aguilares lo agarraron y lo maltrataron. También se llevaron al padre Benigno.

A mí también me tenían la casa señalada. Iba a la casa para ver a los hijos y para llevarles comida. También llegaba a la casa parroquial por si venía gente a buscar comida, pero me dijeron que iban a bombardearla y que no llegara. El padre Chema buscó un pick-up para llevarme a Aguilares con mis cositas, pues había dejado la pieza que tenía junto al trabajo. Al llegar a la Terminal de Oriente el paso estaba bloqueado con tanquetas y no dejaban pasar a nadie. Lo que hizo fue llevarme al Externado San José y allí deposité mis cosas y a mí me llevó donde la niña Yoya Galván, ahí me quedé, pero yo me afligía por mis nueve hijos solitos en la casa de Aguilares. Pero también pensaba que mí me buscaban y me habían dicho que no fuera porque a una familia las habían golpeado pensando que era yo. Yo lo que hice fue hablarle a mi esposo para que se los fuera a traer. La casa quedó sola. Se llevaron todo, tenía dos tuncos, gallinas... no dejaron nada, solo lo que no servía.

El día que mataron al padre Rutilio Grande la niña Tina estaba en Aguilares y le tocó ayudar para preparar su vela. Lo lloró como si hubiera perdido a su papá. Muchas personas de las diversas comunidades se hicieron presente y manifestaron su dolor. La niña Tina compuso un corrido para el padre Grande como reacción a su sufrimiento.

Corrido del Padre Grande

Año de 1977. Al contado mataron.
A tres hermanos los hicieron ametrallado.
El uno se llamaba Nelson.
El otro José Manuel.
El otro es el Padre Grande.
Iban para el pueblo donde era él.

Como a las 6 de la tarde
se oyeron detonaciones.

Quedó sembrado en el dolor
y en todos los corazones.
Son los cuerpos represivos
el Faro también la ANEP.
Porque les decía la verdad
lo vinieron a matar.

Denunciaba sus injusticias
les decía la verdad.
Aunque sabía que por esto
lo vendrían a matar.
Él estaba muy conforme
con mucha serenidad.
Nos decía mis hermanos
no vayan a desmayar,
que el que sigue el evangelio
debe hacerlo cabal,
denunciando a los que explotan
diciéndoles la verdad.

Ya con ésta me despido
con un calor en la sangre.
Debemos ver ese tiempo
en que mueran los cobardes.

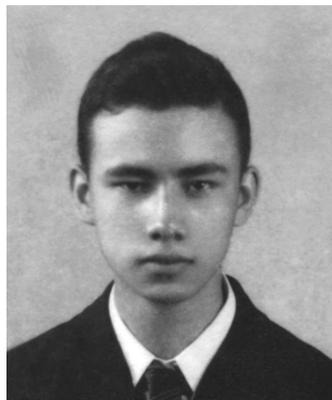
Compositora
María Ernestina Castellón

RECUERDOS DE MONSEÑOR RICARDO URIOSTE

¿De El Paisnal puede salir algo bueno?

Pienso que Rutilio nunca dejó de ser pastor. Ancianas paisnaleñas recuerdan al niño espigado Rutilio acompañando a su abuelita que era rezadora. No se quedaba en eso. El, por su cuenta, sonando dos tejas o un bote, reunía a niños y niñas y hacía sus rosarios, procesiones y misas.

Todavía niño -11 años- llegaba a visita pastoral el recién nombrado Arzobispo, Monseñor Chávez. Rutilio se entusiasmó con la invitación de ser sacerdote que le hiciera Monseñor. Incluso le acompañó en la visita a la Nueva Concepción. Por aquel entonces había que pasar el Lempa en una barca. Rutilio lo cruzó con Monseñor. Era el primer paso. Uno o dos años después daba el paso al Seminario.



Rutilio Grande en sus primeros años de Seminario

Siguió los estudios normales y ya se distinguía entre sus amigos por su plática agradable, pintoresca y llena de imaginación. Tenía buenas amistades entre los compañeros y era profundamente devoto y religioso. En las vacaciones tenía que ir a misa desde El Paisnal hasta Guazapa. A pie, y a veces montado en un caballo, allá se iba por senderos muy distintos de las calles actuales.

Monseñor Chávez se comunicaba con él, y Rulillo recibió una carta de Monseñor llena de consejos y paternal cariño. Este afecto y estima mutua se conservaría siempre. Así era Rulillo. Guardaba profundas lealtades sin por ello deja de decir las cosas como las sentía aún a los más amigos, eso sí con su modo tan peculiar. Cuando se exaltaba sabía pedir perdón enseguida con un ademán muy suyo lleno de humildad...

Del seminario otea más amplios horizontes. Da el paso a Venezuela para empuñar más de cerca la bandera de Jesús. Ingresa en la Compañía. Sigue su proceso por Ecuador, Panamá, siete largos años por España. Hoy varios sacerdotes diocesanos atribuyen buena parte de su vocación a Rulillo. Se encargó de grupos de jóvenes de catecismos, y en pueblitos de Casita recuerdan las prédicas de aquel "americano" que con su hablar medio-mexicano les llegaba tan profundamente.

Regresa a la Patria y pone su vida en el Seminario. A pesar del cargo de Prefecto que acentuaba en él su personalidad ordenada y detallista -así lo afirmaba él mismo-, basta hoy con asistir a cualquier tertulia de sacerdotes para que recuerden sus dichos, sus avisos hablados o escritos, salpicados de imaginación, humor y comparaciones muy felices y originales.

Llevaba muy en lo hondo su sacerdocio, su amor a los seminaristas, al clero, a la jerarquía. Sufría con los sacerdotes emproblemados; oyó a muchos sus confidencias y quería que todos se sintieran hermanos, dignos, espejos fieles de una Iglesia humana, con sus lunares, sí, pero muy amada y querida como signo del Señor Jesús. Siempre gozó de estima y amistad en un buen número de sacerdotes de las más diversas edades.

No se instaló en un puesto, sino que buscaba con sus seminaristas, con los sacerdotes, con la jerarquía. Siempre fue un estímulo para ir más allá! Más cerca del Señor y su pueblo. Rastreando las huellas del hombre, del profeta de Nazaret, trataba de hacerlo parecer relevante en el hoy y aquí de su pueblo.

Se va a Bélgica, al Lumen Vitae, el instituto que iba por delante y tanto aportó al Concilio Vaticano II. Le da nuevos impulsos y refresca su teología.

Al volver al seminario abrió nuevas ventanas al Espíritu. Va ganando la participación, la proyección pastoral, la encarnación de la formación de los seminaristas. Muchos recuerdan “aquellas algaradas misioneras” en que los seminaristas mayores caían como Chapulín sobre una ciudad y desplegaban sus cualidades apostólicas. Planificaban muy detalladamente durante el curso y ejecutaban en las vacaciones, aunque a decir de él “todavía seguían esquemas bastante europeizantes”.

Es ya el tiempo de Medellín, y del encarnar hoy y aquí -hacer histórico- el mensaje, las aptitudes, los valores que nos legara el Hombre de Nazaret, el Señor Jesús.

¿Qué haría el Señor Jesús en esta situación?

Era una expresión que llegaba constantemente a sus labios ante cualquier acontecimiento.

De esta suerte, por el año 70 le encomiendan el sermón del Divino Salvador del Mundo. Jerarquía, autoridades cuerpo diplomático, pueblo a la escucha.

Fue un clamor profético ante sanedrines, sacerdotes y pueblo mucho más trascendente que el de un José Simeón Cañas. No se trataba de un puñado de esclavos negros por los que abogaba, sino de la gran mayoría de salvadoreños para los que pedía romper cadenas y dar la vida aunque fuera preciso dejar la propia. Hoy sabemos que aquel grito profético en nombre del Divino Salvador del Mundo no fue retórica



Féretro con los restos del P. Rutilio Grande en la procesión hacia Catedral Metropolitana

para estampar en letra que a fuerza de repetir se queda muerta. Rutilio murió por eso.

Con esto y las tensiones de la Primera Semana de pastoral nacional entró en profunda crisis. En un compás de espera se retiró al Externado. No era su campo y sufrió a pesar de que dejó amigos que más tarde le acompañarían por los pedreros de los cantones en las Semanas Santas en vez de celebrarla en las playas del Cuco o del Espino.

Se fue al IPLA, Instituto de Pastoral Latinoamericana, de Quito, con otros dos sacerdotes salvadoreños. Fue un año de crecimiento en toda dimensión y de proyectar la realidad latinoamericana en una teología histórica, criolla, más eficaz y relevante.

Vio la experiencia cristiana en las zonas marginadas de Quito y en las comunidades indígenas del altiplano del Chimborazo, iluminado por el contacto carismático y entrañable de un gran pastor, Monseñor Proaño, Obispo de Riobamba. Fueron meses decisivos en compañía de pastores, teólogos y otros especialistas que darían como fruto un horizonte nuevo que cristalizaría en una opción:

“¡A los pobres se les anuncia y reciben el acontecimiento y buena nueva del reino siguiendo al Jesús de Nazaret, el Señor!”

La experiencia de Aguilares nació allí. La evangelización de Rulillo tiene su Galilea en esa opción. Contacto con compañeros -discípulos- que sentían parecida inquietud. No le costó entusiasmarlos. Formar un equipo, o más equipos, era fundamental para él, como una comunidad de vida y trabajo.

De vuelta a la patria visitó experiencias de evangelización en Panamá (San Miguelito, San Félix, Las Lajas... tanto en lo suburbano, como entre campesinos e indígenas guaymíes).

Monseñor Chávez les confiaba como campo-misión la parroquia de Aguilares, que comprende los cantones de la misma, algunos de Suchitoto y de Quezaltepeque, más todos los de su terruño nativo, el Paisnal.

En un retiro con los compañeros iniciales proyectan los lineamientos generales de una experiencia evangelizadora entre campesinos el 24 de septiembre, Virgen de la Merced Redención de cautivos, Monseñor Rivera le da la posesión de la Parroquia. Justamente tres meses después de que hiciera y escribiera “su opción pastoral primaria y fundamental” como él la designará.

¿De Nazaret puede salir algo bueno? ¿De El Paisnal podría salir un profeta?

¡Salió de El Paisnal. Volvía a El Paisnal! Aunque nunca olvidó aquel rincón pipil, al que tantas visitas pastorales hiciera antes de volver como párroco, nunca le llenó por completo “ser profeta en su tierra”. Estaba muy marcado en esta zona que llevaba en la entraña. La conocía y amaba. Hasta respiraba a paisnaleño.

Allí evangelizó y camino de El Paisnal encontró su cruz.

Un 12 de marzo, yendo con los suyos, a compartir la Palabra, la vida del Jesús de Nazaret, el hijo del carpintero, el Señor San José, patrono de su pueblo regó con su sangre y la de dos acompañantes el polvo del camino.



Camino de Aguilares a El Paisnal se encuentran estas tres cruces en el sitio en que fueron asesinados Don Manuel Solórzano, el P. Rutilio Grande y Nelson Rutilio Lemus

PADRE TILO: LA FIESTA DEL MAÍZ Y EL BANQUETE DEL REINO

Eduardo Valdés

Todos sabemos que el padre Rutilio Grande fue el gran animador y creador de la fiesta del maíz. En 1975, El Salvador fue la sede de un concurso de belleza. En medio de los movimientos de protesta, las primeras uniones de los movimientos populares y la continuación de una violencia represiva, el gobierno quiso mostrar la imagen de un país sin grandes problemas y cultivador de la belleza. Los hoteles hicieron derroche de fiestas y el rostro femenino llenó los medios escritos, hablados y televisivos.

El padre Tilo sintió que todo ese boato y esa utilización de la mujer tenían mucho de mentira y fealdad de un proceder. Gran parte de la población estaba con hambre y muchas de las mujeres salvadoreñas estaban siendo destruidas por las grandes tareas en las recolecciones de café, algodón o caña de azúcar además del cuidado de los hijos y la inclemencia del machismo. Un tipo de mujer de la ciudad aparecía bajo las luces de las marquesinas y el embeleso de los comentaristas sin contenido. Se ocultaba todo el empuje de grupos humanos que buscaban una novedad. Las manos callosas y los sueños insoslayables de muchas mujeres aparecían soterrados por este jolgorio que inundaba las calles de San Salvador.

En la parroquia de Aguilares la fiesta del maíz quiso mostrar la nobleza del trabajo y la sólida raigambre de la comida básica de los campesinos. No era sólo la presencia de unos granos que retaban el empuje de la caña de azúcar o, en otros lugares, del algodón o del café. No eran tampoco los rostros curtidos por el trabajo que sobrevivían con esa dieta en medio de los cultivos que iban llenando a familias enteras de grandes riquezas. El

camino no era solo la reivindicación sino también un camino de dignidad, más aún de humanidad. Eran seres humanos los que hacían la zafra y eran profundamente humanos cuando comían el maíz. Era mostrar un cultivo y una comida que presentaban al campesino por entero, es un arte de vivir.

En esos años, el atrio de la iglesia de Aguilares se poblaba de campesinos venidos de todos los cantones de los alrededores. Se preparaba el atole junto con la fiesta donde las canciones narraban las vivencias de las comunidades. La naturaleza y la cultura se daban cita porque mostraban una tierra que se negaba sólo a dar riqueza sino que también regalaba alimento. Además del ingenio del trabajo del ser humano que no sólo se agotaba en las tareas aniquilantes de los capataces, sino que también se hacía querencia en el maíz. Era mostrar que no se vende el trabajo sino que se eleva y transforma lo creado para extraer el alimento y así humanizar lo que toma de la naturaleza donde interviene la tierra, agua, aire y fuego.

El atole se repartía a todas las personas que llegaban a la misa y a la fiesta. Porque Dios era generoso y la generosidad tenía su presencia ese día como alegría. Pero sabemos que la comida nos cuenta una historia donde el seno de la madre nos habla de las esperanzas y las frustraciones, de las satisfacciones y consuelos. Hay una alternancia ritmada entre la presencia y la ausencia que permite descubrir el mundo simbólico y el lenguaje. Es decir, no sólo vivimos del maíz sino también de la convivencia.

La fiesta del maíz unía y diferenciaba a este grupo de campesinos. Los unía a la naturaleza, entre ellos y al proyecto que festejaban. Pues, el maíz compartido, intercambiado, hablado, cantado y celebrado mostraba el símbolo de ese reino de Dios donde todos tenían su con qué. Alrededor de la Iglesia de Aguilares que se convertía en mesa todos vivían, se alimentaban y se sentían hermanos. Aunque la diferencia estaba en cada cantón, en cada canción, en cada rostro, más aún, la gente del pueblo no terminaba de participar de lleno porque el maíz es un hermano pobre y cultivado entre los pedregales de las laderas y lo poco que dejaba la caña, la reina del valle y de las mejores tierras.

La fiesta del maíz se volvía la fiesta de las fiestas. Pues cada familia, cada comunidad, cada cantón sabía que tenía comida por un nacimiento,

una iniciación, un matrimonio, aniversarios o incluso funerales, pero ahora se saboreaba la gran familia humana, un Padre de todos y una Iglesia que recogía a sus hijos, especialmente los más pobres. La fiesta pregonaba que no solo de maíz vive el ser humano, también de la fraternidad.

En medio de esta fiesta, el padre Rutilio lanzó su convocatoria de una reina por comunidad. Una reina como María que decía sí a su Dios y que cantaba su magnificat desde la humildad de servidora. Cada sector de la ciudad y cada cantón debían escoger a esta nueva María. Su traje era el resultado del ingenio de la gente con cualquiera de los elementos del maíz, lo mismo los adornos del pelo y de los brazos. El maíz se volvía mujer portadora de los frutos de servicio en su comunidad.



La fiesta del maíz

El fruto de la tierra era llevado por la mujer a ese altar donde la fiesta narraba una palabra de Dios que se abría con la creación, dando alimento a los vivientes, y terminaba con ese árbol regalado para la vida de las naciones que describía el Apocalipsis. Entre la génesis contada y el cumplimiento anunciado está la historia de esta fiesta y toda la Biblia entera. En Aguilares el maíz sobrevivía a duras penas entre los grandes sembradíos de la caña de azúcar. En otros lugares cedía su puesto ante el café y el algodón. Las canciones iban contando esta peregrinación junto con Dios y con la comida. Eran canciones que tocaban la economía y la política, al mismo tiempo que hablaban de esa hambre de tortilla y de Dios.

La gente leía la Biblia donde el alimento tejía las relaciones por todos lados y se volvía alianza con el Señor y en el Nuevo Testamento se volvía eucaristía, vida y muerte en un solo acto de amor. Así la fiesta del maíz también era un canto bíblico donde resonaba todo el trabajo de Dios. Pues,

como dice el Salmo 136, 25, “Él da pan a todo viviente (a toda carne)”. Carne y alimento vegetal, sangre derramada por una violencia radical y un fruto de la tierra que habla de una paz contundente. Si un ser viviente debe comer para vivir, mata al viviente para alimentarse. Con el maíz sólo existe la violencia del trabajo para producirlo y transformarlo en tortilla y atol. ¿Cómo hacer para salvar de esa opresión interior y secreta casi imperceptible que conduce a la violencia?

En este verso del salmo, en esta fiesta de maíz se da otra experiencia sencilla pero fundamental. Lo que se come proviene de la naturaleza, está a disposición de los seres humanos para ser asimilado. Estamos ante una violencia inevitable. Pero Dios hace el gesto de dar esa comida, ese maíz. Se introduce una novedad entre el alimento y el que lo consume. Recibido y donado, intercambiado o compartido, al ser comido juntos se convierte en el lugar de una acogida del otro. Se vuelve el signo de una alianza.

Antes se había tenido la misa, es decir, nos encontramos con el hijo de Dios que se da a sí mismo en el partir del pan con la esperanza de ser reconocido. Este pan que hace memoria de su carne triturada se hace presencia de esa persona que haciendo entrega de su vida, rompe radicalmente la lógica de la apropiación y de la destrucción. Presenta e invita a otra vía donde la persona se hace humana. Estamos ante una humanización profunda del ser humano que atraviesa el acaparamiento y la generosidad, la violencia y la dulzura, la muerte y el don de vida.

La fiesta del maíz recogía todo este proceso, todo este símbolo del comer donde se cruzan el universo, las plantas, los animales, los seres humanos y Dios. Nos encontramos con múltiples relaciones que se anudan y se desanudan, un mundo se construye en el momento mismo que se destruye.

Así la fiesta del maíz llevaba el trabajo hasta la fiesta, pasando por toda esta novedad donde el perdón juega un papel importante. El trabajo se hacía reconocimiento de la otra persona, de las comunidades, de Dios. La callosidad de las manos hablaba de esa reciedumbre en el transitar, y los surcos de la cara mostraban el sudor que se unían a las lágrimas para compartir esta novedad de Dios: la comunidad.

Aguilares se volvía una comunidad donde el trabajo terminaba en fiesta, perdón y lugar de fe. El maíz se unía al pan para hacer de dos culturas un mismo signo de cariño y unidad. No se escamoteaba la verdad, pues la violencia y la opresión tenían su aparición pero en un proyecto donde la novedad de esa pan compartido mostraba el nuevo sendero de Dios para su gente. La fiesta se volvía la encrucijada donde la vida y el pensar (la inteligencia) se dan la mano, pues,



Celebración de la Fiesta del Maíz en Aguilares

la alegría de los cantos invitaban a un diálogo entre todas las personas que participaban. El maíz permitía saborear juntos pero aprender también a leer una historia, la historia de las diversas comunidades donde el trabajo no era solo opresión sino también un nuevo camino para la concordia y la paz.

Hay un acto de interpretación porque cada persona era puesta a prueba en esta fiesta para recorrer todo el camino que venía del trabajo, del compromiso hasta el compartir no sólo el atole sino también lo vivido. Era acercarse no solo a los autores de los cantos o a las reinas del servicio, sino también al pueblo que acogía y sigue acogiendo esta fiesta donde se volvían sujetos dignos y soberanos en medio de fuerzas que les daban migajas y les mostraban el poder de la violencia.

Cada rostro mostraba una historia diferente y cada canto una narración distinta de lo que se vivía. La fiesta, en medio de la fragmentación incluso que todo análisis impone para recorrerla, se hacía una unidad. A la diversidad se unía la experiencia de ser una sola comunidad, un solo pueblo con un gran proyecto de vida. Estamos también ante un enigma: esta comida que se hace fiesta es el lugar simbólico de una opción entre

violencia y dulzura. Estamos ante lo que el P. Tilo repetía muchas veces: somos imagen de Dios, hijos de Dios, ésa es nuestra vocación.

Esta fiesta se volvía prueba para ver cuánto nos hacíamos imagen de Dios, más aún, con Jesús, nos volvemos hijos de Dios. Es decir, lo que está en juego es la relación humana entre las personas y Dios. Es ver si podemos entrar en una alianza que se vuelve determinante para el despliegue de la vida de ese pueblo y de su humanidad. La fiesta muestra que es posible ese banquete novedoso donde el hambre de tortilla y el hambre de Dios se dan la mano y quedan no sólo satisfechos sino que se vuelve lugar de encuentro entre las personas. Sólo en comunidad y como comunidad descubrimos esta nueva realidad, es decir, somos salvados.

Hay un camino que ha ido de la Pascua de Egipto hasta la de Jesús. La eucaristía en la misa recoge las figuras del Antiguo Testamento y de las diversas culturas para llevarlas ante una figura del hombre nuevo a la imagen de Dios, donde Jesús se vuelve camino para ese nuevo reino. La eucaristía recoge esa historia del Antiguo Testamento y permite, como eco, “traducirse” en la fiesta de los seres humanos que se reúnen como imagen de Dios e hijos de Dios. Así la fiesta del maíz era un camino que llevaba a la eucaristía y mostraba la fuerza humana. Lo mejor del ser humano era acogido y se convertía en un amor que se vuelve comida.

Así se comenzaba a saborear que no sólo de pan vive el hombre sino también de la palabra de Dios. La tortilla y el atole recogían ese mensaje que iba de comunidad en comunidad. Teniendo una comida precedera, levantar el deseo de una comida que regala la vida eterna. Comida que va más allá de conservar la vida física, es toda la vida del ser humano que es alimentada. Este nuevo maná es la palabra de Dios encarnada en Jesús. Este pan es ahora una persona. Es como si necesitáramos escuchar una palabra para que el pan no vuelva a conducirnos a la muerte. Sobre todo, para evitar la codicia. Por eso, la fiesta hace un camino para mostrar la generosidad y evitar toda avidez que rompa la relación. Y para que la palabra que se escucha no lleve a la idolatría sino al verdadero Padre de Jesús. No basta participar en la fiesta hay que evitar apropiarse de las cosas y no escuchar la voz de Dios en todo el camino.

La Eucaristía muestra que Dios no condena sino que llama a una nueva alianza, a una vida nueva, dando la fuerza de conversión que vaya acorde con su propio deseo de perdón. Es atravesar con la cruz de Jesús y preferir el don de la vida a la violencia, y de esta manera testimoniar que un ser humano puede dejarse penetrar enteramente por el mismo espíritu de Dios. La fiesta se vuelve testimonio, al mismo tiempo que es una nueva oración para no perder este camino y no dejar de tener esta comida. Es acoger el querer de Dios en el querer de un pueblo fiel cuya fiesta muestra la disposición en ponerse en camino de esa manera pedida por Jesús. El maíz humildemente se acerca al pan para participar de un mismo querer, hacerse una sola comida y unirse en un único amor. El pan de vida muestra la universalidad, el maíz recoge en su propia tierra ese deseo y se vuelve camino hacia ese punto donde todo queda renovado.

La reina de la fiesta del maíz hace recordar la mujer del magnificat. Falta algo para la fiesta, “no hay vino” dice el texto de las bodas de Caná. No



La mujer en el banquete

hay justicia. María hace ver a Jesús lo que les falta en esa boda. La mujer interpela para llamar la atención sobre lo que hace fracasar la fiesta. Conocemos la respuesta de Jesús a su madre. Parece poner fin a un no recibir o suavemente mostrar que va llegando la hora de responder ante esa sed del pueblo. Hay una puerta que se entrea bre y una mujer hace el paso para

dejarla completamente abierta a la respuesta. Esta mujer ve la invitación de Jesús y acepta decirle que ha llegado la hora de dar el primer signo de la novedad que ha llegado. La fiesta del maíz acoge el banquete que nos tienen preparado desde el inicio. Están los manteles largos, cada cual con su taburete y su con qué.



El P. Jon Cortina ante la Iglesia de El Paisnal

RUTILIO GRANDE EL NACIMIENTO DE UNA IGLESIA NUEVA, SALVADOREÑA Y EVANGÉLICA

Jon Sobrino

Hace treinta años murió asesinado el Padre Rutilio Grande. Su vida y su martirio simbolizan el nacimiento de una nueva Iglesia en El Salvador. Sobre esto queremos hacer unas breves reflexiones. Y lo hacemos porque, aunque obviamente es imposible repetir aquella Iglesia, necesitamos algunos elementos suyos fundamentales. Veámoslo.

En los años setenta la Iglesia salvadoreña ya había tomado un nuevo rumbo bajo el liderazgo del arzobispo Mons. Luis Chávez y González, y se notaba el influjo del Vaticano II y de Medellín. La expresión más clara de ello fue, por aquel entonces, el martirio de Rutilio y lo que lo motivó. Fue asesinado por defender a los campesinos de sus opresores y anunciarles la buena nueva de Dios: “una mesa común con manteles largos para todos”. Rutilio fue como Jesús de Nazaret.

Este martirio no fue el *punto final* de la nueva Iglesia, lo cual bien pudiera haber sucedido, pues ante el asesinato de un sacerdote la prudencia pudiera haber aconsejado una marcha atrás. Ocurrió todo lo contrario. El asesinato de Rutilio se convirtió en *punto de partida* de una tradición de ser Iglesia. A lo largo de tres años -del 12 de marzo de 1977 al 24 de marzo de 1980- esa tradición que comenzaba se fue enriqueciendo con una impresionante nube de testigos, con Monseñor Romero a la cabeza. Desencadenó una forma de ser Iglesia, históricamente nueva, salvadoreña,

evangélica y popular. En el país no había ocurrido nada semejante en casi cinco siglos de cristianismo.

Hoy las cosas han cambiado, evidentemente, en el país y en la Iglesia. Y no hay que olvidar que la Iglesia que surgió con Rutilio además fue perseguida inmisericordemente por los poderes de este mundo y dejó de ser apoyada por la institución eclesial. Paulatinamente se buscó sustituirla por una Iglesia con una misión poco encarnada y con pocos riesgos, y por una religiosidad de tipo más bien devocional.

Esto no quiere decir que no queda nada de aquella Iglesia. Sin mucho viento a favor, sigue viva en buen número de grupos y comunidades. Lo que pasa es que, como ocurre con el encuentro con Dios, a esa Iglesia “la encuentran los que la buscan”, y no la encuentran los que no quieren encontrarla. Cada 24 de marzo esa Iglesia que comenzó con Rutilio se hace inocultable.

Y hay que mantenerla con vida, pues es necesaria. Debidamente historizada, como pedía Ellacuría, puede seguir generando una Iglesia viva en su interior y vivificante para el país. A continuación vamos a analizar algunos de sus elementos que nos parecen importantes y necesarios.

1. Una Iglesia de talante recio

La nueva Iglesia tuvo unos comienzos bien concretos, y para comprender lo que estaba en juego vayamos al evangelio de Marcos. Antes de decirnos en qué consistió la misión de Jesús, comienza con una precisión sobre el cuándo e, implícitamente, también sobre el por qué de esa misión: “después de que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea” (Mc 1, 14). Esto es más que una precisión temporal. Juan Bautista fue un profeta que denunciaba pecados y exigía conversión, y por ello fue encarcelado por Herodes y después asesinado. Pues bien, Marcos recalca que, precisamente en el momento en que Juan es puesto en prisión, Jesús de Nazaret comienza su misión.

Jesús proseguirá algo que en cierto modo ya estaba en marcha. Lo hará con hechos y palabras, diferentes a las de Juan, y anunciará la buena

noticia del reino de Dios. Pero lo importante ahora es recordar que Jesús se entroncará en un movimiento que ya existía, aunque él lo configurará de manera propia y lo llevará a plenitud. Y correrá los mismos riesgos que el Bautista.

Sin caer en fáciles paralelismos, algo parecido puede decirse del origen de la nueva Iglesia salvadoreña. En Apopa Mario Bernal, sacerdote colombiano, llevaba a cabo una pastoral liberadora con los campesinos; por ello fue perseguido y expulsado del país. Expulsado Mario Bernal, Rutilio pronunció su profética homilía de Apopa, y un mes después era asesinado. Asesinado Rutilio, comenzó Mons. Romero. Y asesinado Monseñor -tras sus palabras “en nombre de Dios, cese la represión”- surgió en plenitud Ignacio Ellacuría.

En tres años se había generado en el país una tradición novedosa, por su contenido y por el modo de pasar de generación en generación. Por lo que toca al contenido, era específicamente *martirial*, y en un sentido preciso: el compromiso en favor del pueblo oprimido llevó a correr riesgos y a entregar la vida por su liberación. Por lo que toca a su transmisión, ésta no consistía en *transmitir textos*, sino en *re-crear realidades*. Este hecho martirial es lo que generó una nueva Iglesia.



Monseñor Romero en Aguilares

A Rutilio, el protomártir, le siguieron muchos otros, no sólo los mencionados Romero y Ellacuría. Pronto fueron asesinados sacerdotes, el Padre Alfonso Navarro, Octavio Ortiz... Más tarde, religiosas, como Silvia, Ita y Maura; campesinos como Ticha y Polin... Y junto a estos mártires, a los que llamamos *jesuánicos*, se seguía consumando, implacable y recurrentemente, la muerte de un pueblo crucificado: en quince años el

país quedó anegado en un mar de sangre, derramada inocente, indefensa e injustamente en El Sumpul, El Mozote, La Quesera...

Estos mártires, a los que llamamos el siervo doliente de Jahvé, el pueblo crucificado, no lo fueron por propia decisión. Son un *factum brutum*, cruel y recurrente. No se les puede ignorar por un mínimo de humanidad. Pero es también necesario recordarlos para comprender el nacimiento de la nueva Iglesia. Ellos son en definitiva los que desencadenaron el mayor amor de los mártires jesuánicos. Y ellos son los que, por estar en el centro de la Iglesia, junto con los mártires jesuánicos la configuraron como una nueva Iglesia.

Treinta años después, ya no hay martirios y asesinatos como los de entonces, evidentemente. Pero en El Salvador diez personas mueren diariamente de muerte violenta, y de diversas formas las mayorías continúan siendo el siervo sufriente de Jahvé. La pobreza sigue campante. La juventud sigue sin horizontes. La situación de las pandillas parte el corazón. No se ve fin a la injusticia y a la corrupción sobre todo en la administración de justicia y en los cuerpos policiales, a la mentira institucional en el aparato del estado y en los medios. Millones han tenido que abandonar el país, pues no tienen con qué vivir. Se les ha negado el suelo bajo sus pies.

La conclusión es que ante la situación de nuestro mundo no es anacronismo seguir recordando el origen martirial de la Iglesia salvadoreña. Hoy también la Iglesia debiera ser, *en lo esencial*, como aquélla: una Iglesia de hombres recios y mujeres valerosas. Es necesario y sólo bienes puede traer.

Ante todo, ayudará a superar la tentación -atractiva y masiva- de un cristianismo *light*, en sus formas más populares o en sus formas más solemnes e institucionales. La tentación de rehuir el conflicto con los poderosos y correr riesgos por ello. Ante quienes se vanaglorían de haber inventado una "liberación sin dolor", una redención *light*, Rutilio Grande les recuerda: "Es delito ser cristiano en nuestro país". Y lo sigue siendo para quien luche, no con mensajes abstractos, sino en serio, contra el pecado del mundo que sigue generando víctimas. Y aunque nos quede un poco

lejos, no podemos olvidar a las 800.000 personas que viven en miserables champas en Kibera, Nairobi.

La reciedumbre no tiene por que ser temperamental. Mons. Romero, más aún Rutilio Grande, fueron de psicología débil, mientras que Ignacio Ellacuría era de carácter fuerte, y Maura era la expresión femenina de la ternura. Pero todos fueron recios. Recios en la profecía. Rutilio hablaba de “caínes” y Mons. Romero bramaba contra los que “convirtieron a Aguilares en una cárcel y en un lugar de tortura”. Recios en la utopía. “Una mesa para todos”, soñaba Rutilio. “Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor”, gritó Monseñor Romero como un Isaías de nuestros días. “Hay que revertir la historia”, dijo Ellacuría diez días antes de morir asesinado. Y recios en la entrega. “No vaya al Paisnal”, le dijeron a Rutilio. “No vaya al hospitalito a celebrar la misa por la señora Sara”, le dijeron a Monseñor. “No regrese a El Salvador”, le dijeron a Ellacuría. Los tres fueron.

También hoy, si se deja a Dios ser Dios, sin manipularlo, sobreviene el destino de su Hijo bien amado, y ninguna post-modernidad puede escamotear la dimensión *agonista* de la existencia cristiana. La tradición de Rutilio pide mantener en serio esta dimensión *teologal* y esta dimensión *antropológica* de una Iglesia que quiere ser *cristiana*. Y ciertamente su dimensión *cristológica*.

En el origen de una Iglesia cristiana está no cualquier hijo de Dios, sino Jesús de Nazaret, un crucificado, vivo y vivificante. Si las tradiciones reales de las Iglesias no se entroncan de alguna forma en tradiciones históricas actuales de cruz por amor, no habrá doctrina, ni exégesis ni hermenéutica que muevan a la fe en ese Jesús. Y la liturgia de semana santa será un intento de re-crear, imaginativamente, un recuerdo lejano.

Añadamos dos observaciones para terminar ese primer punto. Reciedumbre para nada se opone a ternura -“amar con ternura”, se puede traducir la exigencia de Dios en Miqueas-, ni al gozo, ni al cuidado de personas y de la naturaleza, que L. Boff tanto nos pide hoy con toda razón. Los mártires que están en el origen de la nueva Iglesia salvadoreña fueron recios, cada cual con su temperamento, por una razón fundamental: por

honradez con lo real, para estar a la altura de una realidad recia y para responder a ella.

Y una última reflexión personal. Creo yo que esa realidad martirial fundante pudo generar una tradición de Iglesia muy especial porque



Padre Rutilio en Antigua Guatemala

la realidad histórica y eclesial fue captada -existencialmente, no sólo epistemológicamente- de una manera específica. En el lenguaje que usábamos entonces, “hacernos cargo” de aquella Iglesia martirial movía, de por sí, como lo obvio que no necesita discernimiento, a “encargarse de ella”, a ponerla a producir. Aquella Iglesia en sí misma daba fuerza para “cargar con ella”, aunque no fuese más que por pudor. Y al dejarse ver, *opthe*, se nos apareció como don y gracia: esa Iglesia “cargaba con nosotros”. En eso veo la raíz de que surgiesen -con naturalidad y en número sorprendente- hombres recios y valerosas mujeres. Hoy les echamos en falta. Entre otras cosas, porque ellos y ellas son quienes nos defienden del docetismo, el gnosticismo y lo *light*.

2. Una Iglesia de eu-aggelion

Hemos comenzado recordando la entrega por amor a los oprimidos, lo que configuró a la Iglesia con un talante de reciedumbre. Y nos hemos detenido en ello, pues es quizás lo más necesario en nuestros días. Transidos de ese talante recordaremos, muy brevemente y, a veces, sólo aduciendo citas que no necesitan comentario, algunos elementos de aquella Iglesia. El primero es la centralidad del *eu-aggelion*.

Treinta años después de la muerte y resurrección de Jesús, Marcos tuvo la genialidad de integrar, en forma de historia, los dichos y hechos de

Jesús que le llevaron a la cruz. Aun cuando los cristianos ya celebraban liturgias y creían en la presencia del Señor en medio de ellos, volver atrás 30 ó 40 años fue una *necesidad* para que Jesús no quedara desfigurado o esfumado en el pasado. En ello estaba en juego la comprensión del cristianismo como seguimiento de Jesús y la posibilidad de saber a ciencia cierta a qué Jesús, real, no imaginado, había que seguir. Pero también estaba en juego algo quizás más profundo: la verdad de Dios y su buena noticia, el reino de Dios que predicaba Jesús y la realidad del mismo Jesús como *eu-aggelion*.

Entre nosotros, también se han ido recogiendo hechos y palabras de Rutilio Grande, su modo de ser cristiano y salvadoreño, su entrega por amor a los campesinos. A eso llamamos *eu-aggelion*. A continuación, recordamos simplemente algunas palabras suyas, ordenándolas según la estructura fundamental de la vida, praxis y destino de Rutilio. Fungen como símbolo de la Iglesia de aquellos tiempos.

La compasión hacia el pueblo. El *misereor super turbas* de Jesús en Rutilio se expresó sobre todo como compasión ante el sufrimiento de los campesinos. “Las chiltotas tienen un conacaste donde colgar sus nidos... Al pobre campesino no le dejan ni un conacaste, ni un puño de tierra para vivir o para que lo entierren”. Esto sigue siendo el primer paso para la Iglesia de hoy. Y tiene que tomarlo en serio.

La profecía. Como consecuencia de la compasión, la profecía. “Ay de ustedes que se dicen católicos del diente al labio, y por dentro son inmundicia de maldad. Son Caínes que crucifican al Señor, cuando camina con el nombre de Toño, de Licha, del humilde trabajador del campo”. Esta profecía sigue siendo absolutamente necesaria, pues sigue campante entre nosotros la injusticia, la corrupción, la impunidad... Producen pobreza, desempleo, violencia, muerte, tener que abandonar el país... Generan miedo, desesperanza... Y exigen una Iglesia de la denuncia para defender a las mayorías, víctimas de un sistema criminal. Es el *eu-aggelion sub specie contrarii*.

La utopía. A pesar de todo, la utopía. “El mundo material es para todos sin fronteras. Luego una mesa común con manteles largos para

todos, como esta Eucaristía. Cada uno con su taburete, y que para todos llegue la mesa, el mantel y el ‘conqué’”. Es la Iglesia de la utopía, del reino,



El P. Rutilio en Guatemala, observando a una mujer indígena trabajar en el telar

también aquí y ahora. “Un Padre común tenemos, luego todos somos hijos del mismo Padre, aunque hayamos nacido del vientre de distintas madres. Luego todos somos hermanos”. Es la Iglesia de la fraternidad, sin discriminación.

El mayor amor hasta el final. La coherencia. Rutilio decía que Jesús, “el hombre de Nazaret”, como él le llamaba, si hoy partiese de

Chalatenango, no llegaría con vida a San Salvador. Y ése fue su propio destino. Él se convirtió en “el hombre de El Paisnal”, el que, por amor a los campesinos, entregó su propia vida. Desde entonces, el evangelio de Rutilio está hecho de tres cosas: la buena noticia de una mesa común, su modo de ser, su cariño, respeto y agradecimiento a los campesinos, y su entrega por amarlos y defenderlos.

La Iglesia salvadoreña ha recibido este evangelio. Han sido transmitidas las palabras y los hechos de Rutilio. Pero es más fundamental que su vida y su muerte fueron re-hechas y re-producidas muchas veces. Y es lo que hay que seguir reproduciendo: con reciedumbre anunciar un evangelio a los “campesinos” de hoy, pobres, jóvenes, emigrantes, mujeres... Con reciedumbre, decir la verdad a sus opresores sin rehuír conflictos. Con reciedumbre desvivirse para sanar a un mundo gravemente enfermo.

Sin *eu-aggelion* no hay Iglesia de Jesús. Lo que hay que recordar es que los destinatarios primarios del evangelio son los pobres. Los demás -hasta llegar a incluir a “todos”- tienen que participar de alguna manera,

análogamente si se quiere, en el ser pobre de los pobres. Esa centralidad de los pobres, quienes pueden convocar a todos, fue también central en aquella Iglesia.

3. Una Iglesia que busca la eficacia

Rutilio Grande insistía en que hay que “poner patas al evangelio”, ponerlo a producir. Esto sigue siendo necesario, y dos cosas importantes podemos aprender de la Iglesia de Rutilio: la necesidad de mediaciones y la convicción -a la vez indefensa y constatada- de la eficacia del evangelio.

Rutilio insistió en la necesidad de una buena formación, a la altura de los tiempos, y dio ejemplo de ello. Fue a Ecuador a prepararse en el IPLA, el de Proaño, en sus momentos más gloriosos de pastoral de liberación. Había que hacer uso de las “mediaciones”, que se decía entonces, para encarnar con eficacia la verdad y el amor de Dios. Lo mismo pensaba Monseñor Romero, y ciertamente Ellacuría.

Esto sigue siendo una gran necesidad y es preciso que la Iglesia haga examen de conciencia sobre la formación de los cristianos en teología y en todos los saberes que configuran nuestro mundo, es decir, la creación de Dios. Y eso, tanto laicos y laicas, como sacerdotes y jerarcas. La acción pastoral de la Iglesia no debe quedar desvalida, dejada sólo a buenas intenciones. Ni debe quedar a merced de imposiciones y directrices lejanas. Y tampoco debe quedar encerrada en una pastoral religiosa, que se distancia de los lugares y estructuras donde se decide la vida y la muerte de los seres humanos, sino hacerse presente en ellos. Y no sólo los laicos, sino también los clérigos.

Los enemigos intuyeron muy bien que Rutilio, los mártires, querían ser eficaces, querían cambiar lo más radicalmente posible la realidad. Por eso los asesinaron, y antes los difamaron a veces con paladina estupidez: “horizontalistas, marxistas, liberacionistas, medellinistas”. Por eso hay que recordar que a la liberación les movía la fe en Dios y en su Cristo. Y no sólo eso: hay que recordar su convicción de que la fe y el evangelio tienen su propia eficacia, son fecundos. Y esta es otra constante -todavía

más infrecuente- de la tradición de Rutilio: la convicción en la eficacia y fecundidad del evangelio para transformar personas y sociedades –que nada tiene que ver con el milagrismo reinante.

Si se me permite el lenguaje, sus enemigos les acusaban de “falta” de fe, pero lo que temían era su “exceso” de fe. Tenían fe en un misterio trascendente, fe difícil por lo tanto, pero real. Y una fe cristianamente entendida, no sólo como doctrina formulada, sino como convicción vivida. Dicho de otra forma, estaban convencidos de la “eficacia” de Dios, pero de un Dios “acercado” a los hombres. Es la *transcendencia* que se hizo *trans-descendencia* para llegar a ser *con-descendencia*. Ellacuría constató ese descenso salvador de Dios en sus conocidas palabras: “Con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”. Y Monseñor, en medio de destrozos, pudo decir: “Quien me diera que el fruto de esta predicación fuese ir a encontrarnos con Dios”.

Hoy se insiste, con razón -y a veces nos lo recuerdan en tono acusador-, en la transcendencia y en la fe, pero no abunda la convicción de que ambas cosas son, también, fecundas. Para ser fructíferas, ni una ni otra dependen en definitiva de aceptar textos del magisterio, o catecismos, o escritos de los teólogos, todo ello bueno, cada cosa a su nivel. Son necesarios pero no suficientes, pues nada puede suplir la *experiencia* de la fuerza de Dios, tan frecuente aquellos años, en medio de y a través de amor y esperanza sin límites, de la santidad primordial del mundo de los pobres. Era la experiencia de un Emmanuel, un Dios con nosotros, en medio de nosotros. Rutilio lo formuló con gracejo inigualable. “Dios no está en las nubes acostado en una hamaca”. Y sacó las consecuencias: “No trepen el evangelio a las nubes”.

La tradición de Rutilio es una tradición de fe, recia y agradecida, y también convencida. Está transida del misterio profundo que rodea a Dios y de la esperanza histórica que ese misterio genera. Podrá parecer poca cosa -o fina retórica-, pero para comprender la tradición de Rutilio es fundamental tener en cuenta la fe en el misterio de Dios y en su fecundidad. Ellacuría terminó su último artículo de teología con estas palabras. “La fe cristiana historizada en hombres nuevos, que siguen anunciando firmemente, aunque siempre a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los

sucesivos futuros históricos se avizora el Dios salvador, el Dios liberador”. Es una fe que nos hace avizorar a Dios y a un futuro salvador.

4. Una Iglesia de los pobres

Terminemos con algo *esencial*, es decir, que afecta literalmente a la *esencia* de la Iglesia, en la tradición de Rutilio: los pobres, los campesinos, “el pueblo”. Los mártires hicieron la opción por los pobres, con naturalidad y sin debilitarla con la casuística, desconocida entonces, de si la opción era o no “preferencial”, “no exclusiva ni excluyente”. Pero además, en El Salvador, cada uno a su manera, dio un paso más, y surgió así una “Iglesia de los pobres”. Evidentemente, con anterioridad lógica, ya había en la Iglesia fe en un Dios que ha pronunciado su palabra y ha enviado a su Hijo. Pero vieron en los pobres a los *privilegiados* de Dios. Por ello, aunque los pobres *no son la totalidad*, pueden configurar el todo de la *Iglesia*. Son, así, su principio de estructuración, organización y misión. Tienen el privilegio hermenéutico de ayudar a comprender la revelación y la tradición. Y ofrecen dirección y espíritu a la praxis y la pastoral.



P. César Jerez, Monseñor Romero y Monseñor Rivera y Damas en procesión hacia Catedral para celebrar la misa de cuerpo presente del P. Rutilio Grande

La muerte de Rutilio fue el comienzo de una “Iglesia salvadoreña de mártires”, pero, sin saberlo, también estaba llevando a plenitud el anhelo de Juan XXIII y de Medellín: una “Iglesia de los pobres”. Esta Iglesia tomó cuerpo en las comunidades eclesiales de base, con problemas, pero con logros mayores. Crecieron porque sus hombres y mujeres tenían la Biblia en sus manos y empezaron a hacer uso del derecho humano, cristiano y religioso de comunicarse con Dios, en comunidad, sí, pero sin que nadie desde fuera les impusiese cómo debía ser esa relación, la más profunda del ser humano. Crecieron porque se comprometieron hasta el “mayor amor”. Y crecieron porque fueron comunidad, comunión, eucaristía, mesa compartida.

Ellacuría dijo muy bien que esa Iglesia tiene su carta fundacional en las bienaventuranzas prometidas a “los pobres con espíritu”. Y Monseñor Romero, en términos operativos, formuló espléndidamente su presupuesto teologal: “La gloria de Dios es que el pobre viva”.

Hoy en día, ya casi ni se habla de “Iglesia de los pobres”. Algunas iglesias se interesan por los pobres, pero otras no. Buscan eficazmente la relación con los poderes de este mundo, aunque fuese para hacer el bien. Y cuando hacen algún tipo de opción por los pobres, se cuidan mucho de no introducirse en los conflictos que genera el defenderlos, aunque Puebla define a Dios no sólo como quien “ama” a los pobres, sino como quien los “defiende”, con lo cual es inevitable algún enfrentamiento con los enemigos de los pobres. Y se cuidan de no poner en peligro la paz al interior de la Iglesia, aunque de ello se desprenda muchas veces irrelevancia, tristeza y aun aburrimiento. Y si se toleran sectas evangélicas, da la impresión de que, al fin y al cabo, cualquier cosa parece ser mejor que las antiguas comunidades de base. Lo más peligroso es que quienes así piensan no dan señales de una esperanza verdaderamente evangélica: de los pobres viene salvación y humanización, y fuera de ellos con dificultad se encontrarán ambas cosas. No parece entrar en su ideario que también Jesús fue evangelizado por la viuda que echaba centavitos en el templo y por la mujer sirio-fenicia.

Ya hemos dicho que los mártires de la tradición de Rutilio fueron hombres y mujeres de Iglesia. Aceptaron con gozo su realidad de “pueblo de Dios”, pero dieron un paso más, el más decisivo hasta el día de hoy:

una “Iglesia de los pobres”. En ella queda mejor reflejada la Iglesia de Jesús y es necesaria para salvar y humanizar a nuestro mundo. Tiene muchas cosas en contra, pero no partimos de cero. La Iglesia de los pobres tiene a su favor la tradición que empezó con Rutilio. Así lo dijo Monseñor Romero la noche de navidad de 1978:

“La Iglesia se predica desde los pobres, y no nos avergonzamos nunca de decir *la Iglesia de los pobres*, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención”.

Rutilio llevaba en su corazón a los pobres y veía su inmenso potencial. Y lo decía con estas palabras, tan típicamente suyas. “¡Les felicito, hermanos! Nos han dado una gran lección. Nos cuentan que en vez de ponerse a pelear con el hermano Pedro si la Virgen tuvo o no muchos hijos, si se puede comer gallina estrangulada o no, ustedes le ofrecieron su ayuda cuando le desalojaron. En su pobreza le han levantado el rancho y le ayudaron a trasladar sus tiliches”.

Al recordar la Iglesia que nació con Rutilio, pudiéramos haber dicho muchas otras cosas. Aquí sólo nos hemos fijado en tres: una fe de hombres recios y de mujeres valerosas, una buena noticia de Dios y una Iglesia de los pobres. Siguen siendo muy necesarias, y eso es lo que hay que seguir pasando de generación en generación. En definitiva, lo que aprendimos de Rutilio es que hay que volver siempre a “Dios y a los pobres”, “al hombre de Nazaret y a las víctimas”.



El P. Rafael Cabarrús (segundo de izquierda a derecha) y el P. Segundo Montes (último de izquierda a derecha) ante las tumbas de Don Manuel Solórzano, Rutilio Grande y Nelson Rutilio Lemus en Aguilares, El Paisnal.

